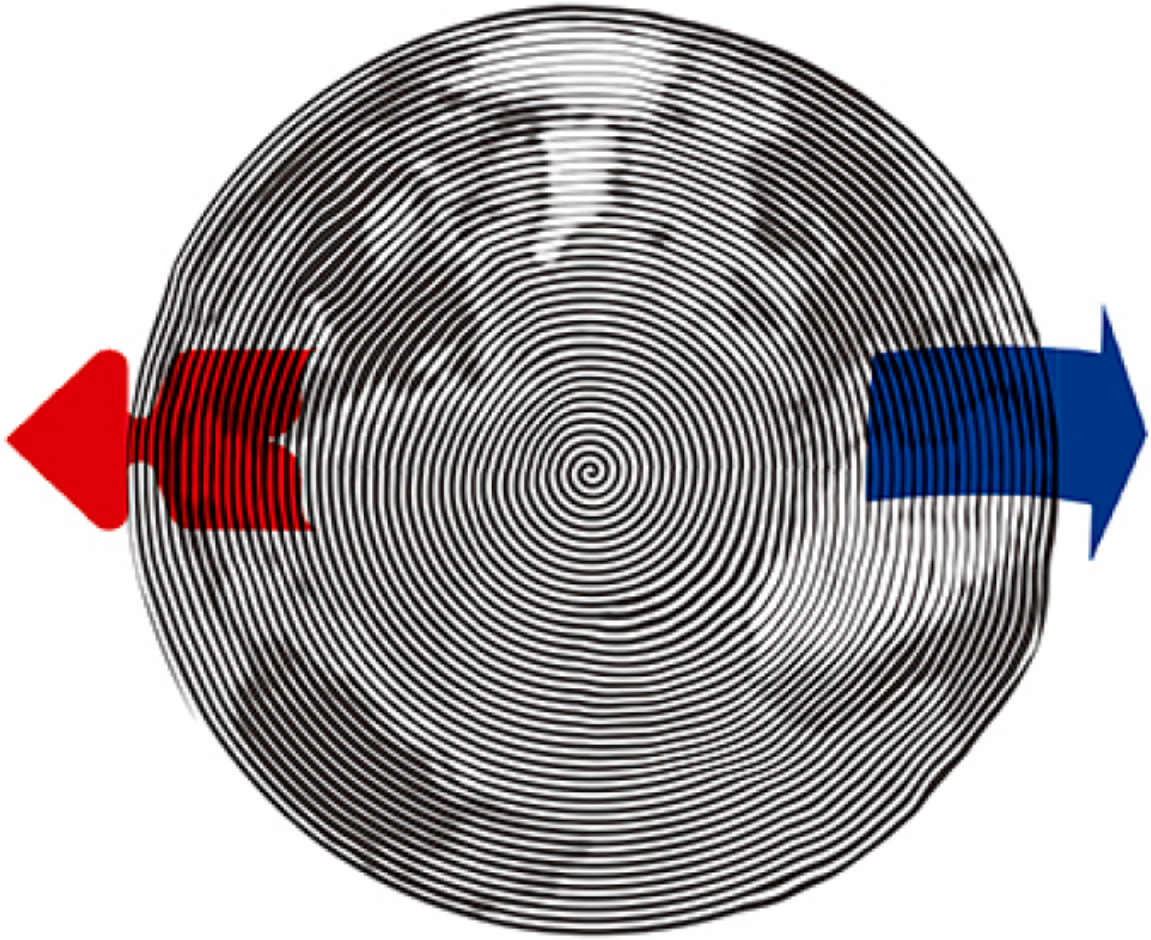
AGUSTÍN BASAVE

La cuarta socialdemocracia

Dos crisis y una esperanza

PRESENTACIÓN
ROLANDO CORDERA

PRÓLOGO
LUDOLFO PARAMIO



CATARATA

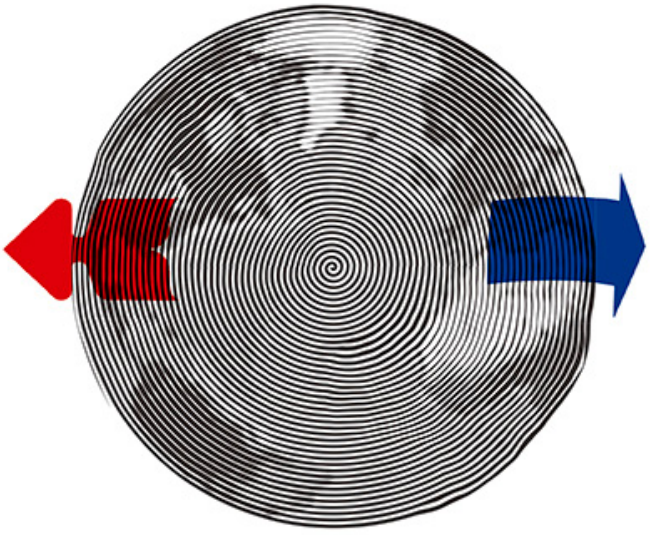
AGUSTÍN BASAVE

La cuarta socialdemocracia

Dos crisis y una esperanza

PRESENTACIÓN
ROLANDO CORDERA

PRÓLOGO
LUDOLFO PARAMIO



CATARATA

NOTAS

AGUSTÍN BASAVE

ACADÉMICO, PERIODISTA Y POLÍTICO MEXICANO. DOCTOR EN CIENCIA POLÍTICA POR LA UNIVERSIDAD DE OXFORD, AUTOR DE VARIOS LIBROS —MÉXICO MESTIZO (FCE, 1992), EL NACIONALISMO (NOSTRA, 2006) O MEXICANIDAD Y ESQUIZOFRENIA (OCÉANO, 2011), ENTRE OTROS— Y ARTICULISTA EN EL DIARIO EL UNIVERSAL, HA ALTERNADO SU LABOR DOCENTE E INVESTIGADORA CON DIVERSOS CARGOS POLÍTICOS Y PÚBLICOS. ACTUALMENTE ES ACADÉMICO DE LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA, DIPUTADO FEDERAL DEL PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA EN EL CONGRESO MEXICANO Y PRECANDIDATO A LA PRESIDENCIA NACIONAL DEL PRD.

Agustín Basave

La cuarta socialdemocracia

DOS CRISIS Y UNA ESPERANZA

SERIE DILEMAS DE LA SOCIALDEMOCRACIA
DIRIGIDA POR IGNACIO URQUIZU

LAS OPINIONES EXPRESADAS EN ESTE LIBRO SON LAS DEL AUTOR Y NO REPRESENTAN LAS POSICIONES DE LA COMISIÓN EUROPEA

DISEÑO DE CUBIERTA: FERNANDO RAPA CARBALLO

© AGUSTÍN FRANCISCO DE ASÍS BASAVE BENÍTEZ, 2015

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2015
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 05 04
FAX. 91 532 43 34
WWW.CATARATA.ORG

LA CUARTA SOCIALDEMOCRACIA.
DOS CRISIS Y UNA ESPERANZA

ISBNE: 978-84-1067-203.1
ISBN: 978-84-9097-078-2
DEPÓSITO LEGAL: M-32.689-2015

IBIC: JPFF/JPHV

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

A la Universidad de Oxford, por concederme la fascinación de la historia de las ideas políticas

Índice

AGRADECIMIENTOS

PRESENTACIÓN. AGUSTÍN BASAVE Y LA REINVENCIÓN SOCIALDEMÓCRATA, por Rolando Cordera Campos

PRÓLOGO, por Ludolfo Paramio

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1. EDUARD BERNSTEIN: EL PARTO DE LA SOCIALDEMOCRACIA

CAPÍTULO 2. GÉNESIS SOCIALDEMÓCRATA: LA DEMOCRACIA SE CAE A PEDAZOS

CAPÍTULO 3. CRISIS DEMOCRÁTICA: LA IZQUIERDA SE DERECHIZA Y LA SOCIEDAD SE IZQUIERDIZA

CAPÍTULO 4. LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA: UN EJEMPLO A CONTRACORRIENTE

CAPÍTULO 5. HACIA LA CUARTA SOCIALDEMOCRACIA: EN BUSCA DEL "DEMOS" PERDIDO

CONCLUSIONES

BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

Este libro es resultado de un proyecto que emprendí en la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México. Aunque me había propuesto hacer una investigación detallada, una coyuntura laboral me llevó a replantear el alcance y la dirección misma del trabajo: fui nombrado, primero, director de Posgrado y después jefe de la Oficina de Vinculación y Relaciones Externas, de modo que mis responsabilidades directivas absorbieron la mayor parte de mi tiempo. Así, lo que empecé a principios de 2010 era para finales de 2014 apenas un puñado de cuartillas. Durante ese lustro mi planteamiento original discurrió por otros cauces: lo que imaginé como una historia mínima de la socialdemocracia se transformó en una cavilación en torno a la crisis de la democracia representativa y acabó siendo un ensayo acerca de la intersección de ambas cosas. Quizá lo único que se mantuvo constante fue la brevedad del texto.

Así, mi primer agradecimiento es para la Ibero, por darme las facilidades para hacerlo y rehacerlo. Incluyo a muchas personas, del entonces rector José Morales a mis más cuestionadores alumnos, quienes me obligaron a repensar algunas de las ideas que habría de plasmar en estas páginas, pasando por mis colegas profesores e investigadores y por mis colaboradores en las dos responsabilidades de dirección que asumí. No omito añadir que en las

actuales autoridades universitarias, particularmente en el nuevo rector y en su equipo administrativo, encontré el apoyo necesario para obtener la licencia que me permitió en los primeros meses de este año dedicarme a tiempo completo a terminar esta tarea.

Roger Bartra, Rolando Cordera, Gerardo Esquivel y Carlos Illades tuvieron la generosidad de leer el manuscrito y ofrecerme en tiempo récord observaciones perspicaces y valiosas. Rolando, además, tuvo la gentileza de escribir la presentación de esta obra, por lo que le estoy doblemente reconocido. Desde luego —el lugar común es aquí plenamente válido—, las deficiencias son solo mías, como mías fueron las decisiones de modificar o no el borrador. Eso sí, mis reflexiones en torno al marxismo y mis fugaces incursiones en temas económicos habrían sido aún más aventuradas si no los hubiera escuchado. Se trata de cuatro distinguidos académicos mexicanos sin cuyas opiniones difícilmente me habría atrevido a poner el punto final, y les agradezco mucho que me las hayan brindado.

Me beneficié, por otra parte, de sugerencias bibliográficas de otros amigos. Compartí algunas ideas de mi proyecto con Ignacio Urquizu en Madrid, y con José Woldenberg, Vidal Llerenas y Enrique Beascoechea en México, y recibí a cambio recomendaciones muy pertinentes tanto de lecturas como de vías de publicación. Fue Ignacio, por cierto, quien me invitó a publicar en Los Libros de la Catarata, y Javier Senén quien me abrió las puertas. Gracias a la amabilidad de ambos tengo ya casa editorial en España. Y por supuesto, debo decir que me siento muy honrado de que un pensador socialdemócrata de la talla de Ludolfo Paramio —a quien por cierto tuve la desfachatez de pedírselo en plenas vacaciones— haya aceptado hacer el prólogo.

Mi familia, como en todo lo que he escrito, jugó un papel fundamental en este proyecto. A la motivación que me dan mi esposa y mis tres hijos debo el

ánimo para concluir *La cuarta socialdemocracia*. Lo he dicho con respecto a otros escritos míos y no puedo dejar de hacerlo en esta ocasión: les agradezco el acicate de merecer algún día su admiración. Su sola existencia me obliga a seguir adelante y a trocar memoria en voluntad.

Lo que había sido un proceso extremadamente lento en los primeros cuatro años se volvió, en los últimos cuatro meses, una carrera contrarreloj. Tuve a bien (o a mal, ya se verá) aceptar la invitación del Partido de la Revolución Democrática a ser candidato a diputado federal en la reciente contienda electoral en México, y por ello me apuré a tener listo el texto final en abril, antes de que el tráfago de las campañas y las eventuales tareas de legislador me avasallaran. Por lo demás, si bien ignoro qué saldo vital vaya a dejarme mi retorno a la praxis política, tengo la impresión de que la posibilidad de someter mis tesis a la prueba siempre abrasiva de la *realpolitik* será una experiencia tan desasosegante como —quiero pensar— agradecible.

Coyoacán, México, agosto de 2015

PRESENTACIÓN

AGUSTÍN BASAVE Y LA REINVENCIÓN SOCIALDEMÓCRATA

Estudioso convencido de la necesidad de traducir el conocimiento de la sociedad y la política en acción positiva y transformadora, Agustín Basave, profesor de ciencia política, político en activo y ahora diputado federal por el Partido de la Revolución Democrática, nos ofrece una apretada síntesis de su proclama y reclamo fundamentales para la época: refundar la socialdemocracia, convertir sus frustraciones y adversas paradojas en una plataforma de reconfiguración discursiva y elaboración de una política transformadora en estricto apego a las convicciones ideológicas y la tradición que han inspirado su difícil a la vez que exitoso transcurrir por casi dos siglos en y a través de las grandes mutaciones históricas del capitalismo.

No resultará fácil trasladar la meditación del académico de la Universidad Iberoamericana de México a su discurso político de mediación y propuesta a que seguramente se abocará ya en la Cámara de Diputados y sus comisiones. Sin ser militante formal del PRD, partido que lo ha llevado al Congreso de la Unión, Basave ha construido a lo largo de los años un claro y abierto compromiso no solo con la transición política de México hacia la democracia, de la cual fue actor singular y distinguido, sino con la ampliación de la democracia ganada y confirmada como régimen a principios del presente

siglo en una nueva forma de Estado y orden político, capaz de generar y recrear las condiciones de posibilidad de una sociedad justa y redistributiva del poder, el ingreso y la riqueza. Y todo esto, se reitera en *La cuarta socialdemocracia*, cifrado en las potencialidades del código democrático que las sociedades avanzadas han podido mantener en medio y bajo las inclemencias de una crisis global que no parece reconocer fecha de término.

En nuestro país, tal código apenas ha sido estrenado y puesto a prueba. Hasta prácticamente el final del siglo XX, en México primó un discurso nacional revolucionario o "nacional popular", empeñado en demostrar la ineficacia de la democracia representativa, su insuficiencia como forma de gobierno, cuando se trataba de llevar a cabo empresas de desarrollo con justicia social. Los saldos de tal discurso y conjunto de prácticas del Estado están por examinarse a fondo, para ir más allá de la "leyenda negra" de la industrialización endógena dirigida por el Estado, pero, sobre todo, para intentar nuevas fórmulas para un desarrollo nacional donde confluyan y se combinen equidad, democracia y cursos para la igualdad, sin renunciar a la globalidad que ante nuestros ojos se transforma y cambia de piel frente a los tumultuosos cambios del mundo que la crisis y su largo letargo ha acelerado.

Basave, sin incursionar esta vez en las honduras del alma mexicana del poder como lo ha hecho en otras ocasiones, busca desplegar un discurso para el conjunto de los contingentes socialdemócratas atribulados por los bloqueos y dislocaciones que han traído consigo la crisis y las infortunadas políticas de ajuste impuestas en Europa. Su finalidad: encarar y superar la crisis democrática presente mediante una consistente reinvención ideológica.

Todo esto, sin duda, lo acerca por fuerza a la gran cuestión mexicana resumida en la marginación del verbo socialdemocrático propiamente dicho. El lugar de este discurso dentro de la geometría política de México fue

expropiado por el partido de la revolución con la consiguiente marginación de todas las interpelaciones de corte socialista existentes de antaño en el país. Hoy, ese lugar está vacío, dada la adopción del neoliberalismo como doctrina de Estado por el PRI, a pesar de que al país le urge *nacionalizar* y actualizar las fórmulas vinculadas con la democracia social y aún las social y democristianas, dados los índices de desigualdad aguda y pobreza masiva que han acompañado el cambio estructural mexicano para la globalización. En este sentido, la propuesta discursiva y política que nos hace Basave en este libro no es ajena a las tribulaciones mexicanas de la hora.

Su empeño y compromiso remiten a unas plataformas éticas y de comportamiento político e intelectual que, en lo fundamental, han estado ausentes en la transición mexicana a la democracia. De aquí la pertinencia que tiene esta elaboración general para nosotros.

Refundar la retórica y la gramática socialdemocráticas, en medio de la debacle y el diluvio que han llevado al mundo y a la propia patria de la socialdemocracia a una frustración tras otra, puede parecer fútil o empeño utópico. Pero no lo es, porque, como nuestro autor argumenta, la actual coyuntura histórica abierta por una crisis global que amenaza devenir estancamiento secular más bien reclama más socialdemocracia y no menos; más programas y políticas para la igualdad y no menos; más compromisos con la inclusión social y no su reducción irracional so pretexto de una austeridad mal entendida y peor instrumentada, al grado de llevar al borde del abismo los grandes logros civilizatorios de la Europa unida, debidos en buena parte a la acción y el gobierno de los socialdemócratas europeos.

Para México, esta necesidad y esta proclama reclaman no solo una actualización eficaz y convincente, como la que despliega Basave en este libro. Urge una reinvención del Estado y una configuración democrática a

partir de las cuales pueda gestarse una ética pública alimentada de compromisos con la igualdad, la fraternidad y la solidaridad entendidos como valores modernos e indispensables para asegurar una globalización de corte distinto al de la que actualmente vive su más profunda crisis. Inscribir el discurso renovador de una "cuarta" socialdemocracia en las paradojas y tensiones abiertas por la globalización y ahora agudizadas por la recesión y el estancamiento no será tarea ajena al quehacer de los mexicanos, quienes, como Agustín Basave, están empeñados en darle a la democracia mexicana una efectiva impronta de modernidad, que es inconcebible sin poner en el centro de la acción y la propuesta políticas el gran desafío de una pobreza y una desigualdad mayúsculas.

Este libro alimentará con creces el apetito de transformación justiciera que tanta falta le hace recuperar a la democracia en México. Bienvenido sea.

ROLANDO CORDERA CAMPOS
Profesor Emérito
Facultad de Economía de la UNAM
San Pedro Mártir DF, 18 de agosto de 2015

PRÓLOGO

Comparto con Agustín Basave su rotunda apuesta por la socialdemocracia como opción política, y por tanto con la democracia como único régimen político deseable. Comparto además con él su gusto por las paradojas y las contradicciones de nuestras sociedades, y el sentido del humor necesario para enfrentarse a ellas sin caer en el desánimo. Este ensayo es un repaso de la historia de la socialdemocracia para concluir reclamando su actualización como proyecto mayoritario, frente a una situación —paradójica, claro— en la que la derecha conserva el poder de la ideas pese a que estas han conducido a un desastre financiero global y solo han ofrecido salidas equivocadas y de alto coste social.

Uno de los temas centrales de este ensayo es que la "tercera" socialdemocracia se ha derechizado. Para aclarar estas ideas habría que precisar si al hablar de la socialdemocracia hablamos de partidos políticos —sus identidades o su imagen pública— o de las políticas que impulsan estos partidos. Sobre la base del análisis realizado por Ignacio Urquizu de las políticas socialdemócratas se podría concluir que estas no se han derechizado, sino que se han aproximado al centro, por la sencilla razón de que sin el apoyo de los electores de centro no es posible ganar unas elecciones. Entonces la pregunta podría replantearse: ¿se ha desplazado

hacia la derecha el centro, el eje del debate político?

Algo ha pasado, indudablemente, cuando —en palabras de Tony Judt— el debate ya no se centra en si una política es buena o mala para la sociedad, sino en cuánto cuesta. Para muchos electores la cuestión no es vivir en una sociedad mejor, sino reducir el pago de impuestos. Esta actitud fue una de las grandes bazas del neoliberalismo en los años ochenta, ya que la crisis de la década anterior extendió entre las clases medias y los trabajadores la percepción de que, a la vez que la inflación erosionaba su capacidad adquisitiva, estaban pagando impuestos demasiado altos por servicios públicos no demasiado buenos.

La aparición del elector-consumidor se ha producido además en un contexto de individualización, de menor peso de la familia y de disolución de la identidad de clase, como consecuencia de la expansión de la educación y del nuevo urbanismo. La "segunda" socialdemocracia se beneficiaba de la identidad de clase que le daba un fuerte anclaje social entre las clases medias trabajadoras. Ahora ese anclaje es bastante más débil, y la identificación política con un partido no está garantizada por el origen social. Por tanto, a la hora de decidir votar a un partido pasan a tener un papel mucho más importante las experiencias recientes de gobierno y la personalidad de los dirigentes políticos.

Esto significa que una "cuarta" socialdemocracia deberá competir electoralmente sin contar de antemano con una fuerte base social enraizada en la identidad de clase, y que deberá tener en cuenta el riesgo de una alta volatilidad del voto en función de los resultados del gobierno anterior. Pero a ello se suma otro factor: la discontinuidad generacional en el electorado. Sin una identificación política heredada a través de la familia y el origen de clase, coyunturas determinadas —por ejemplo, la gran recesión desde 2008

— pueden cambiar de forma significativa el comportamiento electoral de las generaciones jóvenes y su respuesta al discurso de los partidos. Está por ver si la actual crisis de representación de la izquierda se resolverá en la medida en que se produzca una refundación a partir de lo que hoy aparece como una desconexión generacional.

A estos cambios sociológicos, que explicarían en parte el desplazamiento del eje del debate político, se unen unos cambios de época cuyo gran símbolo es la globalización de la economía. La globalización comercial puede tener efectos muy positivos, pero también impone costes y condiciona las economías nacionales. Los electores-consumidores no se sienten protegidos frente a los aspectos negativos de la globalización, y castigan a los gobiernos nacionales por males que estos no tienen posibilidad de controlar. Como razonó Dani Rodrik, los gobiernos se encuentran ante el dilema de poner en peligro la democracia si permiten que las exigencias económicas de la globalización determinen su agenda.

En Europa, además, la construcción de la eurozona ha dado origen a una forma especial de integración, con efectos perversos, cuya manifestación más espectacular es la crisis griega. Aunque es significativo que, pese a todo, la mayoría de los griegos manifiesten su voluntad de seguir dentro de la eurozona, es bastante visible que las políticas de austeridad han provocado un terremoto en la política griega, sin que aún se pueda saber cuándo se estabilizará el sistema político.

En lo que se refiere a la crisis de la eurozona, en otro lugar he tratado de señalar sus efectos sobre la socialdemocracia europea, la contradicción entre la voluntad de avanzar en el proceso de construcción de la Unión Europea y la elección en Bruselas y Fráncfort de unas políticas de consolidación fiscal cuya racionalidad es muy discutible —como señalan casi todos los

economistas que no se han dejado abducir por la ideología de la "austeridad expansiva"—pero cuyos costes sociales son indudables. Así, la socialdemocracia europea se ha visto atrapada por la necesidad de aplicar unas políticas en las que no cree para buscar una salida a la crisis de la deuda.

Esto me lleva a dos posibles sugerencias. La primera es que junto con la fascinación por la historia de las ideas políticas, de la que Agustín Basave resultó inoculado según su propia confesión a su paso por Oxford, necesitamos comprender mejor el poder de las ideas: cómo es posible que en medio de la mayor recesión de la historia del capitalismo se hayan impuesto en Europa desde Fráncfort unas ideas excéntricas y contraproducentes, mientras que en Estados Unidos se han adoptado respuestas pragmáticas y eficaces, a la vez que se introducían reformas de tanto calado como la de la sanidad. La segunda conclusión es que resulta una curiosa paradoja que actualmente el mejor ejemplo de socialdemocracia lo ofrezca el partido demócrata de Barak Obama, mientras la socialdemocracia europea se debate por escapar de la trampa de la austeridad en la eurozona.

LUDOLFO PARAMIO

INTRODUCCIÓN

La idea me asaltó en 2006, en el contexto de la elección presidencial en mi país. Me quedó claro entonces que en prácticamente todo el mundo la democracia había venido sufriendo una hemiplejia gradual o, para decirlo metafóricamente, que desde finales del siglo XX el sistema democrático había constreñido crecientemente el hemisferio derecho de su cerebro, paralizando progresivamente primero su brazo, luego su pierna y finalmente todo el lado izquierdo de su cuerpo. La metáfora no es arbitraria. En el ser humano la siniestra corporal es controlada por la diestra cerebral, donde residen las emociones, algunas de las cuales desembocaron en el pensamiento socialista y en cierto modo hicieron que el socialismo científico acabara siendo más utópico que su antecesor. Y es que el capitalismo es alérgico a las visiones idealistas y preconiza una racionalidad que se representa en el costado derecho, pero se origina en la otra vertiente del cerebro, en la que se suelen dar el lenguaje y la lógica. El proceso es masoquista y, peor aún, autodestructivo: la democracia se está limitando a sí misma, mutilándose medio potencial. Está inutilizando la mitad de su funcionalidad y desvirtuando la totalidad de su ser. Permítaseme estirar un poco más el símil: se trata de un intento de trasplante de extremidades, es decir, de la amputación de los miembros paralizados y el injerto de sendas prótesis

derechas en el lado izquierdo del cuerpo. Obviamente es un despropósito. Aun si semejante trasplante fuera viable, nadie podría funcionar bien con dos pares de piernas y brazos derechos.

De semejante elucubración discerní una hipótesis, de cara a un foro de discusión que organicé en el Frente Amplio de partidos progresistas mexicanos: la derecha nace de un cálculo y la izquierda brota de una indignación.

Un defensor de la democracia y los derechos humanos en la órbita soviética podía ser tan romántico como el Che Guevara, pero no me imagino a un defensor del libre mercado dando su vida por la ley de la oferta y la demanda. Si bien hay quienes creen fervientemente y de buena fe en las bondades del Estado guardián, me parece que la mayoría de sus panegiristas se mueven por intereses más que por sentimientos. Y aunque no todos los izquierdistas son idealistas ni todos los derechistas son pragmáticos, sí hay a juicio mío una mayor dosis de quijotismo en la izquierda que en la derecha. Perdóneseme un planteamiento reduccionista: no sé cuál fuerza propulsora sea más poderosa, si el apasionamiento altruista o el egoísmo taimado, pero sí sé que en el siglo XX la derecha tuvo la gran ventaja de pelear la guerra fría guiada por un mayor pragmatismo y un menor dogmatismo que mucha falta le hicieron a la izquierda[1].

Mi planteamiento es que en este caso origen fue, si no destino, sí ruta: a finales del siglo XIX y principios del XX los capitalistas fueron consistentemente racionales y los socialistas espasmódicamente pasionales. Me refiero al ámbito del socialismo revolucionario y también, aunque en menor medida, al de la entonces surgente y desasosegada socialdemocracia. Huelga explicar que de ninguna manera sugiero que la izquierda esté desprovista de razón; de hecho, no deja de ser paradójico que la ideología

más racionalmente compleja y refinada, la que derivó del marxismo, llegue a provocar tal obnubilación. Porque no me cabe duda de que aferrarse a los principios de Marx y Engels o acatar las directrices de Lenin y Stalin ya entrado el siglo XX no fue lo más racional que pudieron hacer los socialdemócratas o los comunistas.

Aquí es pertinente aclarar a qué me referiré en este ensayo al hablar en singular de izquierda y de derecha. Como se sabe, la precursora de esta terminología es la Revolución francesa, y quienes se sentaban a uno u otro lado en la asamblea representaban respectivamente la aspiración de igualdad y la defensa de la desigualdad. Ciertamente, hay en buena tesis varias izquierdas y varias derechas, pero todas las versiones de cada uno de los flancos tienen sendos comunes denominadores. Se trata de las mismas viejas prioridades de justicia social y libertad individual. Hoy, claro está, el debate ya no es en blanco y negro. El tiempo ha puesto color a las cosas y ha acercado las posiciones de las partes, de modo que los izquierdistas ya no justifican la asfixia individual en aras de la justicia y los derechistas no arguyen que la miseria colectiva es inevitable en la libertad. Ambos proclaman la necesidad de construir y conservar sociedades justas y libres, y en términos discursivos nadie se atreve a menospreciar ninguno de los adjetivos. Pero la verdad es que las diferencias siguen existiendo: cuando es ineluctable optar, la izquierda favorece la igualdad a costa de la individualidad y la derecha privilegia la individualidad por encima de la igualdad. Por último, a falta de un mejor término, me tomo la licencia de emplear el adjetivo "marxista" para calificar a quienes asumen que "la vida tiene que ser una eterna y permanente búsqueda y lucha por derrocar al capitalismo"[2].

Ahora bien, en el caso de la socialdemocracia finisecular la principal

causa de la hemiplejia democrática no proviene primordialmente de la izquierda, sino, a mi juicio, de la derecha. El origen de la enfermedad es la miopía de ciertas elites económicas y políticas que se han dejado llevar por la voracidad y han equivocado la defensa de sus intereses. Es la parte del *establishment,* que, a partir de la quiebra del socialismo real, ha pugnado por una arena democrática en la que solo quepan actores incondicionales o por lo menos "inofensivos". Y claro, si el espectro de competidores electorales va de los creadores de políticas neoliberales a los acatadores de políticas neoliberales, no importa quién gane. Lo que no entienden esos suscriptores anticipados o remisos de la tesis del fin de las ideologías es que están contribuyendo a exacerbar la desigualdad social y la crisis de la democracia representativa y a atizar el resurgimiento de la vía revolucionaria o el surgimiento de otra vía insurreccional. La consigna de que los partidos y los gobiernos izquierdistas han de parecerse cada vez más a los derechistas puede gozar de algún margen de maniobra en el primer mundo —aunque, como señalaré más adelante, los movimientos de protesta en países primermundistas indican que ese margen se está estrechando—, pero la mayoría de la población mundial vive en el inframundo y su paciencia con los tiempos del mercado para derramar las gotas de la riqueza que genera se está agotando.

Ahí, en la aldea global, existen regiones donde la miseria no se da por enterada de los éxitos en la reducción de la pobreza. Y ahí están algunos empresarios grandotes de mirada pequeñita que se obstinan en rechazar la creación de alguna nueva modalidad de Estado benefactor que les daría estabilidad sociopolítica a costa de una modesta disminución en sus ganancias. Y ahí está esa izquierda que ha acatado los cambios en las reglas del juego que han gestado su crisis de identidad. Y ahí estamos algunos que

no acertamos a cruzar el estrecho acechado por Escila y Caribdis, que no queremos acercarnos ni al monstruo de seis cabezas del neoliberalismo[3] ni a la bestia del paleomarxismo y su remolino regresivo. Y ahí están los puristas de uno y otro costado, sobrados, observando con una sonrisa arcaica a quienes poseemos suficiente insensatez para seguir buscando el sincretismo.

Debo confesar que a estos últimos los envidio. No tienen que esforzarse para dilucidar las cuestiones políticas o económicas o sociales; las principales respuestas les fueron dadas hace mucho tiempo, y por si fuera poco constituyen un corpus de ideas coherentes. Es más, cuentan con una serie de fórmulas doctrinarias que proporcionan resultados más o menos consistentes cuando se aplican a las controversias que emergen en torno a las formas de gobierno, al Estado y al mercado o a la posición del ciudadano en la sociedad. Rara vez se contradicen. Pueden dudar de otras cosas, pero no de esa. Están conformes con su cosmovisión y, aunque dicen respetar la de los otros, en no pocas ocasiones se sienten poseedores de la verdad. En otras palabras, no sufren desazón ideológica. Me refiero a los liberales y a los marxistas que abrazan primordialmente las vertientes económicas de sus credos. Ambos poseen instrumentales impecables, sistemas de pensamiento cuestionables desde fuera, pero sólidos por dentro. Y es que se trata de lo que Roger Bartra llamó "monopolios de coherencia"[4] y que yo reinterpreto como un duopolio de ideologías capaces de explicar en forma bastante congruente prácticamente todo. Quienes las profesan no se complican la vida. Los que nos la complicamos, como siempre, somos los eclécticos. Aquellos a quienes nunca nos sedujeron ni Adam Smith ni Karl Marx ni sus discípulos, a quienes no nos convencieron ni el capitalismo ni el socialismo y llegamos directamente y sin escalas a la mezcla socialdemócrata, esa inefable tercera opción que intenta rescatar lo mejor de ambos polos.

Se dirá, con razón, que la socialdemocracia solo tiene una progenitora, porque se trata de un desprendimiento del vientre del marxismo. Porque si bien es cierto que la idea socialdemócrata se gestó antes de Marx, no lo es menos que en sus orígenes partidarios se entronizó el marxismo. Y aquí retomo la vena metafórica. El vocablo es preciso: el socialismo democrático se desprendió de su corriente madre. Con el tiempo, en Europa se logró una separación categórica, un corte del cordón umbilical seguido de un destete, algo que, por cierto, no se ha dado cabalmente en América Latina y en otras regiones subdesarrolladas. Pero si bien la voluntad de independencia del vástago no lo hizo renegar inmediatamente de su linaje, su orfandad paterna lo llevó instintivamente a encontrar en el liberalismo un tutor. De él recibió lo que le hacía falta: la axiología de libertades individuales y derechos humanos que se justifican por sí mismos y que la herencia materna desdeñaba por su "abstractez". Así, armado de templanza, de la mano de su padre adoptivo y con la herencia de su madre biológica a cuestas, el hijo emprendió un largo y sinuoso camino para enriquecer su temperamento justiciero con la lógica libertaria.

Pero resulta que se topó con un problema genético. Su pretendido carácter híbrido resultó artificial porque solo tiene los genes de la mamá, y su propósito de imbricar en ellos el *logos* del papá le ha resultado harto complicado. En esas anda la prole completa, con excepción de los nietos que de plano se dedicaron a la erradicación de la mayor parte del *ethos* materno. Hablo de la actual socialdemocracia europea, cuya política económica es a menudo difícil de distinguir de la de sus adversarios liberales o conservadores; allá el debate incluye a la economía, pero tiende a confinarse a temas de "moralidad social", de medio ambiente y a veces de política exterior. Y tampoco en Europa la mixtura escapa a las contradicciones. Y es

que el problema es socioeconómico, pero también es político, porque su origen es la descomposición de la representatividad democrática.

Yo me incluyo entre los que se frustran porque no se ha podido cuadrar el círculo. A mí sí me acongoja la posibilidad de que liberalismo y socialismo sean como el agua y el aceite, y que solo pueda haber coherencia en la pureza. Por obvias razones: si eso fuera cierto, entonces sí tendríamos una sola ideología factible, al menos por ahora; es decir, la sociedad solo podría escoger entre dos modelos económicos neoliberales, uno diáfano y otro matizado. Y mi preocupación no emana únicamente del hecho de que la existencia de alternativas es deseable, sino también de que ninguna de las dos viejas opciones "puras" es éticamente aceptable: no es admisible un totalitarismo a la soviética, pero tampoco es satisfactorio un capitalismo a la americana. ¿O se valen los guetos o los millones de muertos en estultas aventuras bélicas que alimentan a la industria militar o las crisis financieras que socializan las pérdidas de los especuladores? Reitero lo que escribí hace muchos años, cuando Fukuyama se presentó en sociedad en calidad de iluminado: si lo máximo a lo que la humanidad puede aspirar es este mundo de lacerantes desigualdades que mantiene en la pobreza extrema a millones de personas, entonces sí nos merecemos el fin de la historia[5].

He aquí el origen de mi inconformidad: parto de la premisa de que no solo la pobreza sino también la desigualdad son males que lastran moral, económica y políticamente a la humanidad[6]. Y sí, quienes no aceptamos ninguno de los dos grandes refugios ideológicos, quienes nos obstinamos en mestizar libertad y justicia para hallar algo mejor sin saber cuán factible será, parecemos condenados a la intranquilidad. A la duda no metódica, al filo de la inconsistencia, a la minoría conceptual. Al riesgo de quedar mal con todos. Supongo que se nos puede calificar de inconformes y desubicados,

probablemente de masoquistas y seguramente de obcecados.

Pues bien, justamente en prenda de eso, de obstinación, va este lacónico texto. Hago en él un recorrido del revisionismo de Bernstein a la crisis de representatividad contemporánea, y en el camino analizo brevemente las distintas etapas de la socialdemocracia, la movilización global, las vicisitudes de la izquierda latinoamericana y la posibilidad de que una revitalización de los partidos socialdemócratas rescate la democracia de amplio espectro. Mi propósito es reflexionar sobre la incidencia de la globalización unipolar en la pérdida de identidad de la socialdemocracia y el impacto negativo de la contracción ideológica en el funcionamiento de la democracia representativa. Mi conclusión va un poco más allá, porque intento atisbar una solución de largo aliento a lo que considero un grave problema: el advenimiento de un pensamiento hegemónico que exalta el individualismo excluyente como única opción de progreso.

Se trata, en suma, de un ensayo de divulgación y de provocación que cuestiona algo que se ha vuelto incuestionable. Lo dicho: terquedad pura y dura.

CAPÍTULO 1

EDUARD BERNSTEIN: EL PARTO DE LA SOCIALDEMOCRACIA[7]

Las huellas ideológicas de Eduard Bernstein trazaron la elipse en la que quedó atrapado. Y es que su trayectoria puede dividirse en las mismas tres etapas que recorrió el Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD): búsqueda, ortodoxia y revisionismo. La primera se extendió de su vinculación con el SPD a su nombramiento como editor en jefe del órgano partidista de divulgación, y se caracterizó por la curiosidad intelectual y el desapego de los dogmas marxistas; la segunda abarcó desde su consolidación como ideólogo del partido hasta la muerte de Friedrich Engels, y estuvo marcada por la disciplina y la religación a la Fuente de la Verdad, es decir, a las consignas de los autores del *Manifiesto Comunista*; la tercera empezó con su parcial liberación del yugo doctrinario del "General" Engels para llegar al final de su vida, y constituyó el esfuerzo por reformular la teoría marxista sin renegar de ella. Fue, en efecto, el mismo recorrido del SPD, aunque a él le tomó mucho menos tiempo culminarlo, y fue también el viaje de retorno al punto de partida: el anhelo de conjuntar libertad individual y justicia social, la pesquisa de un justo medio aristotélico y la aceptación del eclecticismo. Fue la ruta solitaria de quien recibió la crítica anticipada y el espaldarazo tardío.

Los garantes de la pureza marxista tardaron un poco en disciplinar al joven

ave de tempestades, y el gusto no les duró mucho tiempo. A partir de la publicación del epicentro de su obra, *Las precondiciones del socialismo* (1899), la vocación revisionista de Bernstein se volvió irrefrenable. El General lo nombró unos años antes su albacea literario y se ganó su lealtad personal vitalicia, pero eso no alcanzó para impedir su retorno a la exploración de otras doctrinas y a la experimentación sincrética a la intemperie. Y es que en ese que yo llamaría el "Manifiesto revisionista" apareció una discrepancia esencial con la teoría de sus maestros que detonó una carga explosiva: la tesis de que el colapso del capitalismo no era inminente, ni siquiera inevitable, y de que la democracia liberal era el vehículo para realizar el socialismo. Esa idea tenía dos implicaciones que iban a la yugular del marxismo. Una era el rechazo al imperativo de la revolución como medio inexorable para construir una sociedad sin clases; la otra, la transmutación del socialismo en una suerte de posdata al liberalismo. Sus diferencias sobre el tipo de sociedad a construir resultaban secundarias frente a esa divergencia nodal, si bien de alguna manera perfilaban su escepticismo en torno a la existencia de un futuro paraíso terrenal. Y acaso por eso, porque en el fondo descreía del fin de las contradicciones, le preocupaba más el camino que la meta.

Para Eduard Bernstein, el error filosófico de Karl Marx y Friedrich Engels fue seguir a Hegel. Los grandes logros de la teoría marxista, argumentaba, no se dieron gracias a la dialéctica hegeliana, sino a pesar de ella[8]. La tesis bernsteiniana iba más allá, por supuesto. Sostenía, por ejemplo, que el Estado no podía hacerse cargo de todas las empresas —muchas de las cuales eran en su tiempo pequeñas y medianas—, aunque más que en la iniciativa privada creía en las bondades del cooperativismo[9]. Pero el eje de su propuesta era su convicción democrática. Definía la democracia como "la ausencia del

gobierno de clase", por lo que no la consideraba como una estratagema o un escollo salvable, sino que la veía como un medio y un fin intrínsecamente aliados al socialismo. Era así "un arma" en la lucha socialista y "la forma en que el socialismo se realizará". En efecto, si bien no era la abolición de las clases mismas, el sistema democrático significaba para él la abolición del gobierno clasista. Su corolario no podía ser más contundente: el mejor empeño socialdemócrata no había de ser otro que el apoyo al voto universal, al que juzgaba "la alternativa a la revolución", y a esa postura había que adaptar su ruta crítica[10].

El postulado de la compatibilidad y continuidad liberal-socialista resultaba ser, a fin de cuentas, su punto de quiebre. Bernstein abría con él una creciente grieta ideológica que a querer o no despegaba a la naciente socialdemocracia del marxismo. Su idea de que tanto el liberalismo como el socialismo necesitaban sendos *aggiornamentos* sugería que estaba rastreando una especie de eslabón perdido que, contra lo que establecía uno de los dogmas marxistas, permitiría reunir lo que nunca debió desvincularse. Por eso no asumía la democracia como un refugio táctico temporal, ni la categorizaba como un recurso al que fuera preciso acudir mientras las condiciones objetivas y subjetivas no estuvieran presentes y al cual debiera abandonarse una vez que la vía revolucionaria volviera a ser factible. La abrazaba como un instrumento y un objetivo permanente porque el socialismo era el "legítimo heredero", cronológica e intelectualmente, de la ideología liberal, y de hecho no era otra cosa que un "liberalismo organizado". Y por eso distinguía claramente el liberalismo del capitalismo y no eximía al individuo de responsabilidad para con su bienestar, como pago a la sociedad por todo lo que de ella recibía. Además, entendía que parte de la burguesía también era oprimida y que no convenía preconizar la revolución porque de

hacerlo los pequeñoburgueses se alejarían de la socialdemocracia. Por todo ello, concluía que el triunfo de la democracia era "la indispensable precondición para la realización del socialismo"[11].

Esas ideas provocaron que Rosa Luxemburg lo acusara de oportunista y Vladimir Ilich Lenin de traidor. Lo convirtieron en objeto de desprecio intelectual y de todo tipo de descalificaciones, aun dentro del mismo SPD, donde el liderazgo ortodoxo de su colega August Bebel y la férula ideológicamente correcta de su amigo Karl Kautsky lo zahirieron, tras su paso definitivo a la heterodoxia, con el mayor desprecio intelectual. Por si fuera poco, pensadores liberales progresistas de la talla de Friedrich Naumann y Max Weber rechazaron su crítica al libre mercado y descalificaron por radicales sus ideas socioeconómicas. En suma, su tesis del socialismo evolutivo se ganó la animadversión de la izquierda y su proclividad por la ética kantiana y por el igualitarismo lo malquistó con el centro-derecha[12].

Eduard Bernstein, como la República de Weimar, se quedó solo. Fue blanco fácil de tirios y troyanos. Junto a la flexibilidad y la irreverencia del ecléctico poseía el desorden metodológico del autodidacta, lo que ayudó a sus detractores a resaltar sus inconsistencias y contradicciones. Los ataques más virulentos, desde luego, provinieron de sus correligionarios. Lo acusaron de lo que suele acusarse a los renovadores, particularmente aquellos que desafían un sistema de pensamiento: de carecer de rigor conceptual y de no entender sus complejidades. Y sin embargo, ellos se dieron cuenta de que la falta de sistematización de la obra bernsteiniana se compensaba con su comprensión panorámica del socialismo y su poder de abstracción teórica e intuyeron que acertaba al distinguir la fortaleza analítico-histórica del marxismo de su debilidad profética. Carecía del genio creativo de Marx y de la claridad hermenéutica de Engels, ciertamente, pero a ambos los superaba en su tino

pronosticador: vaticinaba correctamente la revigorización del capitalismo, la persistencia del Estado y la preeminencia de la política sobre la economía. Es obvio que si sus ideas fueran tan endebles sus críticos no habrían sido tan vehementes. George Plekhanov expresó esa preocupación en una confesión epistolar: "Si Bernstein tiene razón en sus críticas, ¿qué queda de las ideas socialistas de nuestros maestros? No mucho…"[13].

Las críticas a Bernstein provinieron principalmente del campo socialista, pero la incomprensión le llegó de todas partes. Las dos rutas ideológicas realmente existentes condenaron su viaje hacia una tercera vía —la suya fue la original— y se cebaron en su osada heterodoxia. Sus detractores en la izquierda nunca le perdonaron que de sus 12 años de exilio en Inglaterra hubiera pesado a la postre menos su cercanía con el General que la contaminación que recibió en las tertulias liberales y que se manifestó en su admiración por pensadores como John Stuart Mill. Sus amigos fabianos simplemente lo desacreditaron. En otras palabras, unos le quitaron sus viejas credenciales y otros le negaron las nuevas. Él mismo contribuyó a ese aislamiento al no pugnar cabalmente por una nueva identidad. Se resistió a desprenderse de la matriz marxista —alegó que su revisionismo estaba prefigurado en los últimos escritos de Marx y Engels— y se volvió así más vulnerable a las invectivas de los momificadores de la Fuente de la Verdad.

Y es que por más que Eduard Bernstein buscara en otros textos sagrados asideros al "socialismo evolutivo", Marx dejó testimonio inequívoco de su descalificación. En *El dieciocho Brumario* calificó la socialdemocracia como la alianza de un proletariado achatado en su arista revolucionaria y una pequeña burguesía afilada en su pico socialista, una asociación de clases en la que prevalecería el interés de la segunda y no el de la primera:

El carácter peculiar de la socialdemocracia se resume en la exigencia de instituciones democrático-republicanas como medios no para neutralizar los dos extremos, capital y trabajo asalariado, sino para mitigar su antagonismo y trocarlo en armonía. Por mucho que se propongan distintas reglas para alcanzar este fin, por mucho que este se aderece con ideas más o menos revolucionarias, el contenido sigue siendo el mismo. Este contenido es la transformación de la sociedad por la vía democrática, pero una transformación dentro de las fronteras de la pequeña burguesía[14].

Los límites estaban claros. Los socialdemócratas podían tal vez atemperar momentáneamente la lucha de clases, lograr algunos apoyos, avanzar un poco; cualquier cosa, menos construir el socialismo. Desde la perspectiva marxista la mezcla era inviable: o se luchaba tácticamente dentro del Parlamento o se peleaba definitivamente en la calle. Por supuesto que se podía recurrir provisionalmente a la competencia política, aprovechando algunas rendijas del sistema, pero tarde o temprano se tenía que dejar de lado la legalidad para dar paso a la revolución. Creer que se podía ganar con la ley burguesa en una mano y el arma revolucionaria en la otra era, en el mejor de los casos, una ingenuidad.

Pero Bernstein no hizo caso. Quiso hacer de la socialdemocracia una continuación del socialismo científico, una enmienda sin ruptura, y pagó las consecuencias. Pese a su curiosidad intelectual y a su propensión al eclecticismo, nunca jaló el cordón umbilical al grado de cortarlo. Durante su primera etapa como militante socialdemócrata, coqueteó con la heterodoxia, pero en última instancia se mantuvo fiel a las directrices de Marx y Engels. Cuando incurrió en devaneos con las tesis de Ferdinand Lassalle o de Eugen Dühring fue rápidamente metido en cintura por sus mentores: la lectura del *Anti-Dühring*, primero, y su adoctrinamiento engelsiano en el exilio, después,

lo hicieron volver al redil. De hecho, escribió en Londres su texto para refutar a Lassalle y realizó su estudio sobre Cromwell siguiendo la más estricta metodología del materialismo histórico. Ni siquiera en su tercera etapa, en pleno viraje revisionista, se decidió a soltar por completo las amarras. Sostuvo que solo estaba "modernizando" el marxismo e insistió en asumirse como un discípulo que les hacía un mejor servicio a sus maestros revisando sus tesis y actualizándolas que siguiéndolas a pie juntillas. La realidad, sin embargo, lo desmintió. Proponer la vía democrática en vez de la revolución por convicción y no por táctica y, sobre todo, insistir en fundir liberalismo y socialismo, constituyó de hecho una ruptura. Las piruetas argumentativas que dio para fundar su revisionismo en la lectura selectiva de los textos de Marx y Engels fueron insuficientes. Su mente abierta, su realismo y el hecho de que la praxis socialdemócrata en Alemania se alejaba cada vez más de la teoría marxista lo separaron irremediablemente de los viejos dogmas, aunque su sentido de lealtad y su temor a perder identidad o a quedarse oficialmente en el ostracismo le impidieron dar el paso que tenía que dar[15].

Su semilla revisionista tardó en germinar en el SPD. Entre Gotha (1875) y Bad Godesberg (1959), pasando por los correctivos de la ortodoxia en Erfurt (1891) y en Dresden (1903), transcurrieron 84 años de creciente distanciamiento entre un deber ser marxista y un ser socialdemócrata. Todavía el año anterior al célebre, aunque anticlimático parteaguas en Stuttgart (1958), los más talentosos representantes de una nueva generación de dirigentes reformistas como Willy Brandt y Helmut Schmidt se resistieron a formalizar su separación del marxismo. Curiosamente, es el pragmatismo del viejo líder Erich Ollenhauer el que empujó la nueva declaración de principios con la idea de ganar en imagen y de atraer un electorado pluriclasista. En ese sentido, más que una redefinición ideológica, Bad

Godesberg fue una desideologización. El SPD se abrió en el ámbito de la religión (se desmarcó del ateísmo y del jacobinismo), modificó planteamientos económicos (enfatizó la "competencia" y eliminó el término "socialización") y redefinió el propósito del socialismo ("eliminar los privilegios de las clases dominantes y traer libertad, justicia y prosperidad a todo el pueblo"). Y en un postrer espaldarazo a su verdadero ideólogo, rechazó implícitamente el concepto de "la meta final" al decir que el socialismo es "una tarea a perpetuidad" (la lucha por y la preservación de la libertad y la justicia)[16].

La causa de esa tardanza no fue una dilación cognoscitiva, sino un requisito de legitimidad. Eduard Bernstein, primero, y los líderes de la socialdemocracia alemana, después, conocieron las contradicciones entre teoría y práctica, o mejor dicho entre ciencia y propaganda, que anidaban en su doctrina originaria, pero la fuerza legitimadora de la portentosa construcción intelectual de Karl Marx resultó más grande que la deseabilidad de congruencia. Durante esas ocho décadas fue más útil conservar el mito que cerrar la brecha entre norma y realidad, aun para alguien tan alérgico a la rigidez del determinismo y del economicismo como Bernstein. Porque él rechazó tanto la idea de la inevitabilidad de la revolución como la de la economía como factótum infraestructural. Es más, argumentó que el origen de las clases no es solo socioeconómico, sino también cultural, y que la lucha entre ellas podía por ello ser menos violenta y más civilizada. Pero claro, siempre es más atractiva una ideología envuelta en un manto científico, así sea el de una inexacta ciencia social.

Como sugerí en la Introducción, la socialdemocracia nació del vientre marxista y la fuerza de ese vínculo se convirtió en una especie de pecado original. Su renuencia a recibir un bautizo ideológico que le permitiera adoptar el apellido de ese padre adoptivo con el que al principio convive

vergonzantemente, el liberalismo político, retrasó la adopción de su propia identidad. Si bien al dar sus primeros pasos se alejó un poco de la madre, más temprano que tarde sucumbió a su férrea dominación y más tarde que temprano acabó por superar sus prohibiciones y por asimilar abiertamente la mezcla genética. Fue, mutatis mutandis, el mismo viaje elíptico que realizó Eduard Bernstein. Un viaje que con distintas escalas y velocidades, pero con los mismos puntos de partida y de llegada, hicieron todos los partidos socialdemócratas en Europa.

Quizá la personalidad de Eduard Bernstein influyó en sus ideas. Se trataba de un hombre con una considerable dosis de bonhomía e inseguridad, y no es un dato menor ni descartable en el análisis de su obra el hecho de que todos los que lo conocieron coincidieran en esto. Su rechazo reiterado a la violencia del blanquismo y del bolchevismo podría tener raíces emocionales en esa personalidad, y su necesidad de aprobación podría explicar en parte su centrismo. Ambas cosas se usan, por cierto, para descalificarlo tácitamente. Con todo, ni sus rasgos psicológicos ni su calidad de autodidacta restan validez a las tesis que pergeñó. A Bernstein y a la socialdemocracia europea hay que juzgarlos con base en sus resultados, que a mediados del siglo XX recibieron el aplauso de la realidad. A ellos se debe la creación, como resultado de un proceso democrático, de Estados de bienestar que forjaron sociedades con bajos niveles de desigualdad en un marco de libertades individuales. Lograron forjar, a juicio mío, ni más ni menos que las sociedades más libres y justas que han existido en la historia de la humanidad.

CAPÍTULO 2

GÉNESIS SOCIALDEMÓCRATA: LA DEMOCRACIA SE CAE A CEDAZOS

Los partidos socialdemócratas surgieron con la bendición del marxismo. Eran vistos como instrumentos de propaganda, de creación de conciencia de clase y de posicionamiento táctico para debilitar a la burguesía. Marx los concibió como alternativa a la "acción directa", como vehículos para llevar a la clase trabajadora de la emancipación política a la social, y más tarde Engels los vio como la única arma del proletariado, inerme frente a los avances tecnológicos en el arte de la guerra. El SPD fue reconocido ni más ni menos como "la más pura encarnación del socialismo marxista"[17]. A diferencia de los anarquistas, que la rechazaron categóricamente, los marxistas aceptaron la contienda parlamentaria y cifraron buena parte de sus esperanzas en el sufragio universal. Su dilema no era participar o no participar, sino hasta dónde. Y aunque algunos ideólogos de la ortodoxia alertaron sobre las trampas de la democracia capitalista y los riesgos de ser tragados por ella, señalando la obligación de mantener la pureza clasista de las organizaciones partidistas de la socialdemocracia y la prioridad de la lucha de clases, la realidad se fue imponiendo gradualmente.

A principios del siglo XX la izquierda obtuvo muchos más triunfos en la liza democrática que en la lucha sindical. Los votos, en efecto, le dieron más

poder que las huelgas. Su éxito electoral fue tan ostensible como el hecho de que los electores proletarios no podían ser mayoría, lo cual imponía una disyuntiva ineludible: o se aliaban con otros partidos para gobernar o de plano daban cabida en sus organizaciones a los campesinos y a la pequeña burguesía. Así, mientras el marxismo insistía en que la participación de los socialistas en las elecciones era solo un paso hacia la revolución y la abolición de las clases, el revisionismo se volvía un imperativo demográfico. Así, a finales del XIX y principios del XX el tema de la democracia fue objeto de intenso debate y de gran desasosiego entre las filas socialdemócratas.

Ahora bien, mientras Eduard Bernstein se erigía en el principal teórico revisionista, los líderes políticos de la socialdemocracia discurrían por sus propios cauces pragmáticos. Tenían que obtener beneficios inmediatos para sus representados y la mejor manera de hacerlo era legislando en su favor. Cuando empezaron a representar también a segmentos de la clase media, su comportamiento tuvo que modificarse. Los idearios de sus partidos seguían siendo marxistamente correctos en tanto la praxis los desmentía cada vez más. Y la mayoría desdeñaba la acusación de incongruencia con la lógica determinista en ristre: si el socialismo era inevitable, la adopción de leyes que mitigaban la injusticia social no iba a detener su advenimiento. Por lo demás, la tesis de la socialización de la propiedad privada de los medios de producción fue reemplazada por la de su "nacionalización", y lo estatal se convirtió en sustituto de lo social. El keynesianismo completó el viraje y el Estado de bienestar fue edificado. Ya no era indispensable expropiar; bastaba tener el control del mercado para redistribuir la riqueza. Las sociedades justas se gestaban con salarios mínimos, seguros de desempleo, pensiones y educación y salud gratuitas. La lógica democrática individualista y la

urgencia de encontrar apoyo mayoritario en los parlamentos forzaron la ruptura con la Fuente de la Verdad. En este sentido, los ideólogos ortodoxos tuvieron razón: la democracia acabó engullendo al marxismo[18].

Con variantes, el resto de los partidos socialdemócratas europeos siguieron una travesía similar a la del buque insignia del SPD. En Escandinavia, sin embargo, el periplo se recorrió en menos tiempo. El Partido Socialdemócrata Sueco (SAP) experimentó un proceso de deslinde de la vertiente marxista más rápido que los demás: en 1917 su ala revolucionaria se separó para nutrir el partido comunista; en 1920 su programa refrendó la tesis de la abolición de la propiedad privada para quedarse en letra muerta; en 1944 desechó la terminología y buena parte de los postulados marxistas y en 1956 concentró su atención en el progreso científico y tecnológico como fuente del mejoramiento de la calidad de vida de toda la población[19]. Ahora bien, el hecho de que su evolución haya sido más acelerada no quiere decir que haya estado exenta de contradicciones ni que se haya librado de las discusiones sofisticadas y ríspidas que se dieron en Alemania. Hubo en Suecia y en Noruega quienes fueron sumamente reacios a la participación del socialismo en la democracia y defendieron apasionadamente al marxismo contra el embate reformista. La diferencia es que a esos países llegó antes la coexistencia entre el discurso marxista y la práctica reformista. Los escandinavos, además, fueron pioneros en la separación de partidos y sindicatos, en la adopción de políticas sociales y, de hecho, en la construcción del Estado benefactor. El SPD fue el paradigma del SAP, pero creo que en alguna medida el discípulo superó al maestro[20].

A la llegada de la guerra fría la escisión del socialismo ya se había consolidado. La parte que decidió mantenerse fiel al marxismo-leninismo de la órbita soviética acabó en la quiebra, mientras que la que apostó por la

democracia como una transición terminó quedándose ahí y renunciando a la vía revolucionaria. Esta corriente social que quiso ser también demócrata, la que diseñó Bernstein y catalizó el temor al nazismo y al fascismo, aceptó pagar su derecho de admisión al banquete del liberalismo político y pasó un primer cedazo: renunció a la violencia, a la dictadura del proletariado y a la socialización de los medios de producción para abrazar las libertades individuales, la competencia por el voto mayoritario y la propiedad privada. Así, la existencia de los partidos socialdemócratas en calidad de izquierda electoralmente aceptable, como opción de poder en Europa, hizo realidad por primera y única vez en la historia una democracia de amplio espectro, que excluía únicamente a las propuestas ideológicas que la negaban o imposibilitaban su supervivencia. Incluida la socialdemocracia, todos los actores de ese orden democrático admitían el pluralismo liberal; ya nadie cuestionaba la libre empresa. Pero el menú era variado, los platillos eran diferentes. Había conservadores que proponían un Estado guardián, socialdemócratas que defendían un Estado de bienestar y eurocomunistas, liberales y democristianos que ofrecían una ancha gama de matices. Todos cabían, incluido poco después el neoliberalismo. El único requisito de admisión era la aceptación de las condiciones fundamentales de la democracia. No existían censores partidistas oficiosos ni certificadores de sumisión del Estado al mercado y nadie poseía un sello oficial de corrección político-económica.

El procesamiento armónico de esa diversidad emergió de un gran acuerdo. El temor al influjo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la URSS —decía el lugar común que fueron los capitalistas quienes sí leyeron *El capital*—, la Gran Depresión y las dos guerras mundiales orillaron al *establishment* capitalista a acatar la intervención del Estado para atenuar la

pobreza y dieron legitimidad y universalidad al modelo económico de John Maynard Keynes[21]. Mientras tanto, los países escandinavos prestigiaban su red de protección social y demostraban que el capitalismo podía prohijar altos niveles de equidad. En la edificación del Estado de bienestar en Europa, de hecho, se sumaron a la socialdemocracia virtualmente todos los partidos, contando a varios que podrían clasificarse de derecha. De ese modo se gestó una suerte de consenso keynesiano o socialdemócrata. Incluso en los Estados Unidos, en los años del *American Way of Life* que va de mediados de los cuarenta a mediados de los setenta, los republicanos avalaron una considerable carga tributaria para sostener la inversión pública y las políticas sociales dirigidas a los más desprotegidos. Las dos conflagraciones bélicas acostumbraron a los ciudadanos del primer mundo a ver con buenos ojos la intervención estatal y a descreer de la magia del *laissez faire*. El *New Deal* y el *Welfare State* se convirtieron en parte esencial del paisaje vigesémico[22].

A mediados del siglo XX, ciertamente, la izquierda democrática no solo era admitida por todos sino que se había vuelto referente obligado en Europa. No sobra reiterar que el proceso fue gradual. Si el realismo fue moderando a los partidos socialdemócratas, las guerras, el miedo al fantasma comunista y el mejoramiento de la economía fueron predisponiendo a las elites empresariales a aceptar altos impuestos y a apoyar o al menos a no obstaculizar las reformas *bienestaristas*. Hay que tomar nota: una carga fiscal que hoy se juzgaría un lastre paralizante no detuvo a los empresarios de entonces, quienes invirtieron, innovaron y generaron riqueza. Todo ello condujo a una confluencia centrista que hizo que el modelo de la socialdemocracia llegara a ser hegemónico. Por cierto, los críticos marxistas de Eduard Bernstein también tuvieron razón en su advertencia de que los socialdemócratas salvarían al capitalismo domesticándolo, haciéndolo

transitar de su salvajismo original a la adopción de leyes e instituciones que le daban un rostro humano.

No puedo dejar de resaltar las razones de crecimiento económico que impulsaron la seguridad social. La creación de empleos en el ámbito de la salud y el incremento del consumo que propiciaban las pensiones entre la población que ya no podía trabajar, por ejemplo. No es de extrañar, pues, que haya estimaciones en el sentido de que en Europa los gastos sociales crecieron del 5 al 25 por ciento del PIB en la célebre época dorada o Treintena Gloriosa, que abarca de 1945 a 1975. Esas tres décadas de bonanza europea, que por cierto mostraron un patrón similar en Estados Unidos, se caracterizaron por las más altas tasas del impuesto sobre la renta para los más ricos y la más baja desigualdad social. Se trató de un círculo virtuoso en el que el Estado benefactor mejoró la economía y las buenas condiciones económicas lo afianzaron. Todo conspiró durante treinta años para esa consolidación: bajo desempleo, baja inflación, condiciones favorables para la negociación política[23].

Pero en los años setenta de la centuria pasada se empezó a erosionar ese consenso y a gestarse un desmantelamiento del Estado de bienestar. En términos generales, encuentro cinco factores que contribuyeron a ello: 1) las crisis económicas (aumento de la inflación, disminución del crecimiento e incremento del desempleo) propiciadas por el encarecimiento del petróleo a partir de la guerra de Yom Kipur (la Organización de Países Exportadores de Petróleo, OPEP, cuadruplicó el precio del barril en 1973-1974); 2) el envejecimiento de las poblaciones, el aumento de la expectativa o esperanza de vida y la consecuente dificultad para financiar los fondos de pensiones y los sistemas de salud; 3) el peso de la carga tributaria que mantenía los demás mecanismos de seguridad social; 4) el éxito de la propia

socialdemocracia, que había logrado redistribuir la riqueza, hacer de los pobres una minoría, elevar el nivel de vida de los obreros dándoles algo más que perder, además de "sus cadenas"; 5) los conflictos sindicales provocados por los recortes presupuestales y la propaganda de los partidos derechistas que ofrecían arreglar el desorden socioeconómico y disminuir las tasas impositivas a los causantes. Así, Margaret Thatcher en el Reino Unido y Ronald Reagan en los Estados Unidos llegaron al poder gracias a una agenda atractiva para las clases media y alta e incluso para una parte de la clase obrera, a las que ofrecía beneficiar con una reducción de sus impuestos y cuya prosperidad les permitía darse el lujo de restar importancia a la privatización de servicios públicos[24].

A las razones pragmáticas para reducir el gasto social hay que añadir un factor cultural que me parece significativo. El proceso disruptivo de los setenta, esa década de transición entre el idealismo sesentero y el hedonismo ochentero, fue catalizado por el que era entonces un actor de reparto: el Tercer Mundo. Las acciones de la OPEP, el activismo del Movimiento de Países No Alineados y las demandas de un nuevo orden económico internacional esgrimidas por países periféricos, todo ello envuelto en la bandera igualitaria, contribuyó paradójicamente a mermar el igualitarismo en el primer mundo. A la causa derechista se sumó inconscientemente una suma de rechazos izquierdistas a un *establishment* euro-norteamericano considerablemente equilibrado. Es difícil evaluar la aportación de los rebeldes tercermundistas, pero no creo descabellado apuntar que a largo plazo esa mentalidad pesó más en el triunfo ideológico del individualismo que decisiones económicas como la de Estados Unidos de abandonar el patrón oro (1971), con todo y la volatilidad monetaria que provocó. Tiene más sentido de lo que parece. Después de todo, en los jóvenes de izquierda de los

sesenta —tanto los primermundistas como los tercermundistas— había una raíz anarquista que repudiaba a la autoridad y, desde luego, al Estado.

Ahora bien, el proyecto neoconservador que sería absorbido por el que se ha dado en llamar neoliberal fue desde luego más complejo y ambicioso. Incluyó el libre comercio y con él la intensificación de la ofensiva contra el bloque soviético, que enfrentaba los prolegómenos de su quiebra y de su derrota en la guerra fría. Para 1989, el año de la caída del muro de Berlín, era evidente que el socialismo real se estaba derrumbando. Entonces se culminó la tarea: sin contrapesos, el thatcherismo y la *reaganomics* avasallaron al mundo. El desequilibrio geopolítico y geoeconómico y la entronización de la unipolaridad provocados por la globalización aceleraron el viraje. Y es que emergió entonces un modelo económico primero dominante y luego prácticamente único que representó un nuevo cedazo para la izquierda democrática. Sus partidos, que ya habían acatado las reglas del liberalismo político y económico —pluralismo y propiedad privada— debieron entonces acatar nuevas condiciones: bajar impuestos, eliminar aranceles, privatizar y minimizar el Estado de bienestar. La izquierda fue orillada a correrse a la derecha casi al grado de no distinguirse de ella en su proyecto de economía y sociedad y, en consecuencia, perdió identidad. Eso, en vez de acercar a la democracia a lo que debe ser —entre otras cosas, la forma de gobierno que otorga a la sociedad la posibilidad de elegir entre distintas opciones de vida en común— empezó a apartarla. El triunfo liberal hizo muy difícil proponer cualquier alternativa económica.

En suma, la socialdemocracia ha tenido tres versiones, que equivalen a su surgimiento, su apogeo y su declive. La primera comprende el periodo entre 1875 y 1945, es decir, va del nacimiento del SPD al ocaso de la Segunda Guerra Mundial, y se caracteriza por la gradual emancipación de los dogmas

marxistas pensada por Bernstein e impulsada por un creciente realismo; la segunda se sitúa entre 1945 y 1975 y consiste en la Treintena Gloriosa, que marca la exitosa consolidación del Estado de bienestar; la tercera comienza en 1975 y llega hasta nuestros días, y se distingue por el paulatino y parcial encogimiento del Estado benefactor y la adopción de una política económica cada vez más apegada a la ortodoxia neoliberal. Apenas es necesario aclarar que ninguna de esas etapas es homogénea —toda clasificación es reducción — y que particularmente en la última de ellas existen diversos grados de dilución que van desde los esfuerzos de Felipe González y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) en España por mantener la palanca del gasto público hasta la mimetización bushiana de la Tercera Vía de Tony Blair y el Partido Laborista (LP) en el Reino Unido, con su desastrosa aventura bélica en Irak, pasando por los gobiernos que iniciaron con políticas económicas alternativas más o menos audaces y fueron obligados a recular por la presión de la dinámica de la globalización neoliberal, como ocurrió tanto con François Mitterrand como con François Hollande y el Partido Socialista (PS) en Francia (invirtiendo el lema de Hollande, las finanzas acabaron derrotando a la República). En todos estos casos, sin embargo, estuvo presente en mayor o menor medida el común denominador del repliegue del Estado[25].

De ahí a las turbulencias sociales y a los problemas políticos que hoy vivimos a escala global solo medió un paso. Las tribulaciones de los partidos socialdemócratas primero, y después lo que bien puede llamarse el revisionismo del revisionismo —los ajustes pragmáticos que la socialdemocracia se vio forzada a realizar en sus economías durante las últimas dos décadas del siglo XX, para adaptarse al modelo neoliberal imperante y seguir siendo competitiva— marcaron el comienzo de un

desequilibrio democrático que terminó atrofiando los mecanismos de representatividad. En el siguiente capítulo trataré de explicar por qué.

CAPÍTULO 3

CRISIS DEMOCRÁTICA: LA IZQUIERDA SE DERECHIZA Y LA SOCIEDAD SE IZQUIERDIZA

La justificación del nuevo cedazo al izquierdismo es económica, pero el problema es fundamentalmente político. Como he dicho, empezó cuando el consenso socialdemócrata, enclavado al centro de la geometría partidaria —siempre ha habido partidos a la izquierda de la socialdemocracia— fue sustituido por un consenso neoliberal situado a la derecha, uno que cercenó de facto la mitad del espectro ideológico y desequilibró el pacto social. Y es que, si bien es necesario un gran acuerdo de todas las fuerzas sociopolíticas acerca de las fronteras ideológico-programáticas para que un sistema democrático funcione bien, parece lógico suponer que ese acuerdo tenderá a ser inestable si no cimienta equilibrios. Es decir, los extremos han de pactar, en condiciones más o menos equitativas, hasta dónde pueden llegar cuando tienen el poder. Si los partidos izquierdistas, centristas y derechistas concuerdan en cuál ha de ser el Estado máximo y el Estado mínimo, v. gr., las alternancias en el poder se facilitan.

Pero eso ya no ocurre. Con excepción de algunos movimientos en América Latina y de unos cuantos partidos de corte comunista en otras partes del mundo, que suelen ser testimoniales, la izquierda cedió a las exigencias del

modelo globalmente correcto en las dos últimas décadas del siglo XX, mientras que la derecha, ensoberbecida por su victoria, la empujó y la sigue empujando hacia un cada vez mayor desvanecimiento de la intervención estatal y de los sistemas fiscales progresivos. Ya no hay negociación; el neoliberalismo parece tener todas las fichas[26].

El nombre del juego es pragmatismo. Se aduce que el Estado de bienestar no es viable y que la economía debe moverse por sí sola, con mínima injerencia estatal. Es el regreso a una vieja discusión que parecía superada justamente a mediados de la centuria pasada, con esa aparente conciliación de socialismo y capitalismo que significó la socialdemocracia consensuada. Y sí, las condiciones económicas cambiaron y parte del engranaje del Estado benefactor se volvió obsoleto, pero en el fondo ese no fue el dilema. Lo que en aras de una presunta visión pragmática se impuso fue el dogma individualista de que lo privado —no lo social— debe prevalecer sobre lo público. Bien pudieron haberse buscado otros instrumentos para proteger a los pobres, a los viejos, a los discapacitados, otras herramientas de financiación. En esta era de innovaciones en las tecnologías de la información y en las ingenierías financieras debería ser relativamente fácil tejer una nueva red protectora sostenible, si bien hoy no se ve otra salida que el cobro de más impuestos a quienes más tienen, puesto que pugnar por una sociedad más igualitaria sin proponer una mayor carga fiscal para los más ricos es invocar el populismo y la irresponsabilidad macroeconómica. Pero nada se ha planteado, porque la tristemente célebre tesis *historicida* —desechada hace tres lustros como una idea peregrina en la academia, pero aún aclamada en el mundo corporativo— dicta que se acabaron todas las ideologías… menos una. Y la piedra angular de ese pensamiento único es que el mercado soluciona todos los problemas. La desregulación del sistema financiero que en buena medida llevó a la crisis

de 2008 —la Gran Recesión— no es sino la manifestación más extremista de este credo[27].

La victoria fue fundamentalmente cultural. Si la socialdemocracia salvó al capitalismo, el socialismo realmente existente hundió a la socialdemocracia, porque el desvanecimiento soviético le arrebató a los socialdemócratas su espejo discursivo y porque dejó una injusta impronta en las mentes jóvenes. La generación finisecular, en efecto, los asoció con un gobierno centralizado e ineficiente que sin el puño paternalista era incapaz de incentivar a las sobreprotegidas masas al trabajo y a la productividad. La rectoría del Estado en la economía y los gravámenes como redistribuidores del ingreso se volvieron anatema. Nació así un sistema económico que privilegia la especulación y los movimientos del capital y detesta el control político, uno que realmente privatiza las ganancias y socializa las pérdidas (*too big to fail*) y que en aras de un mercado laboral libérrimo ha logrado eliminar gran parte de las reglas que resguardaban al trabajo.

El tema del empleo merece punto y aparte. Si antes existían dos redes de protección a los trabajadores —los sindicatos, que hacían valer los derechos laborales y pasaban la cuenta a las empresas, y el Estado, con su seguro de desempleo—, ahora ambas están seriamente mermadas y el modelo a seguir para el empleador es despedir a sus empleados sin asumir ningún costo. Por lo demás, se ha consolidado en la mentalidad empresarial a gran escala la tendencia global a disminuir las tributaciones a los grandes causantes o facilitar su elusión fiscal con la consolidación y otros subterfugios. Hoy se asume tácitamente que la gran contribución empresarial a la sociedad es generar empleos, y que de alguna manera eso justifica que pague menores o incluso nulos impuestos.

En síntesis, la democracia liberal se está convirtiendo en una

mercadocracia que aspira a erigir el paraíso del consumidor, aunque para lograrlo propicie un infierno para el trabajador y un limbo para el ciudadano. El número de opciones de consumo se extiende al ritmo que encogen los derechos sociales. Y el ámbito de la elegibilidad ideológica, para efectos prácticos, se reduce a la unicidad. La humanidad tiene libertad de elegir muchas cosas dentro de un solo paradigma económico, social y político. Ciertamente, todos los sistemas democráticos que se han ensayado a lo largo de la historia han sido excluyentes. No me refiero a las exclusiones de los electores, sino de sus elecciones; ya sabemos que el voto universal ha sido una conquista reciente en la historia, pues el sufragio le ha sido negado a una porción muy significativa de la sociedad (los esclavos, las mujeres y, todavía hoy, los adolescentes). Hablo de las restricciones a la heterodoxia que el statu quo ha impuesto, especialmente a partir de la creación de los partidos políticos y de la democracia moderna.

En el siglo XX la humanidad tuvo la alternativa entre el comunismo y el capitalismo, pero ambos cancelaron la posibilidad de cambiar de un modelo a otro de manera pacífica, dentro de un marco legal e institucional. En el mundo del socialismo real solo había un partido, y en el mundo capitalista, donde la democracia amparaba elecciones entre varios partidos, no se podía escoger el comunismo[28]. En semejante contexto de polarización, en el que abrir la puerta al sistema opuesto era aceptar el germen de la demolición del propio, el viraje tenía que ser en mayor o menor medida destructivo. Eduard Bernstein buscó la conciliación en un punto intermedio, que cifró en el voto universal como epicentro del socialismo. Concibió su búsqueda como la revolución pacífica que haría innecesaria la revolución violenta porque, una vez que todos pudieran votar y se limaran los filos de los extremos ideológicos, se podría organizar el liberalismo. Y su predicción resultó

acertada hasta que la corriente neoliberal arrastró con ella a la socialdemocracia.

El pecado original socialdemócrata, como ya he señalado, fue su dependencia teórica del marxismo y su renuencia a desligarse de él como fuente de legitimidad. Aún después de que el PSD logró hacerlo en Bad Godesberg, muchos líderes socialdemócratas conservaron por un buen tiempo la retórica marxista. Para decirlo en palabras de Tony Judt, la socialdemocracia era "inherentemente esquizofrénica", y "mientras marchaba confiada hacia adelante en busca de un futuro mejor, estaba constante y nerviosamente volteando hacia atrás sobre su hombro izquierdo"[29]. Por eso la embestida derechizante la hizo tambalear: no estaba preparada para responder porque no tenía una identidad cabalmente propia. Y si en el primer revisionismo se quedó corta, en el segundo se pasó de largo hasta quedar demasiado cerca de los neoliberales. Bernstein y sus sucesores se resistieron a dar el paso lógico y, en cambio, los partidos europeos herederos de esa ideología y en otra dimensión el Partido Demócrata en Estados Unidos dieron en los años ochenta y noventa un salto que los dejó atrapados entre el mimetismo y la coyuntura. Como adelanté en la Introducción, buscaron nuevos sellos distintivos en otros temas —equidad de género y derechos reproductivos, derecho a la diferencia, ambientalismo, política exterior o legalización de las drogas— que si bien se enmarcan en un muy pertinente contexto de igualitarismo conforman una agenda en cierta medida individualista, cuyo triunfo cultural se prefigura en la mentalidad de las nuevas generaciones y cuya utilidad electoral es cada vez menor. Al creer que ese refugio temático los eximía de distinguirse claramente en el frente de las políticas económica y social, hicieron que su reposicionamiento identitario fuera entonces, y siga siendo hoy, asaz complicado[30].

Y es que, como he apuntado, no ha habido una, sino tres socialdemocracias que solo en sus inicios pueden explicarse por las Internacionales. La primera socialdemocracia fue marxista, la segunda socialdemocracia fue "socioliberal" y la tercera socialdemocracia es cada vez menos social y más liberal. Y en sus mutaciones ha estado siempre presente la crisis de identidad que, a partir del fin de la Treintena Gloriosa, facilitó el triunfo de la estadofobia y de algo que yo denominaría soberanía del mercado.

Con todo, dos brechas crecientes han empezado a erosionar el nuevo consenso neoliberal: la desigualdad socioeconómica y el distanciamiento de la elite política con respecto a su base social. Explico mi hipótesis. Como se ha documentado, el modelo económico global aumentó la distancia entre ricos y pobres[31], y un Estado empobrecido por menores ingresos fiscales y debilitado por la privatización —que cedió a la empresa privada una porción de las antiguas responsabilidades públicas— ha acrecentado la separación entre representantes y representados. Y es que la política se volvió más dependiente del capital, que hoy contribuye menos con obligaciones fiscales y más en función de decisiones discrecionales. En la operación de los sistemas de seguridad social, en la construcción de infraestructura y, significativamente, en el financiamiento de campañas electorales, la influencia del empresario sobre el político se incrementó sustancialmente.

He aquí el meollo del asunto. En los países democráticos, hasta la década de los setenta, los representantes populares tenían que complacer primordialmente a sus electores, y si bien había algunos muy ricos y poderosos, los demás constituían la mayoría y estaban a favor del gasto social. Sin embargo, gracias a la redistribución de la riqueza operada principalmente por la socialdemocracia, y debido al debilitamiento del sindicalismo, los votos de los trabajadores se redujeron a una menguante minoría y los de la

clase media fueron atraídos por el proyecto privatizador. Simultáneamente, la fuerza creciente de la corporación transnacional y sus mecanismos de persuasión avasallaron al gobierno y al grueso de la representación, para entonces dominados por la tecnocracia, y contribuyó a constreñir la representatividad democrática. Ahora muchos representantes electos por la sociedad —vía Ejecutivo o Legislativo— se han corrompido y suelen sucumbir a las presiones de un nuevo y poderosísimo actor, la "firma global", cuyos ingresos superan los productos internos brutos de muchos países, cuya exigencia de ser salvada con el erario público cuando quiebra tiene que ser atendida y cuyo amago de llevarse su capital a otro país doblega a cualquier Estado. El resultado es la transferencia neta de poder de lo público a lo privado y la enorme dificultad para realizar reformas fiscales verdaderamente redistributivas[32].

Pero normalmente a una acción corresponde una reacción. Si bien las movilizaciones sociales finiseculares y de los primeros años del siglo XXI se han suscitado en países muy distintos y por muy diversas causas, todas apuntan directamente hacia el empoderamiento ciudadano e indirectamente hacia la justicia social. Es una lucha que se endereza contra la concentración de poder, sea económico o político, y que pugna por su redistribución. Cierto, ha habido otra clase de movimientos —pacifistas y ambientalistas, por ejemplo— y organizaciones como Wikileaks que se pronuncian contra la opacidad de los gobiernos y a favor de la transparencia, pero en el fondo casi todos coinciden en el rechazo a un sistema en mayor o menor grado excluyente: ¿quién está tomando las decisiones globales que no nos ha consultado?

La tendencia se inició con el altermundismo en los años noventa, la década de la consolidación neoliberal, a modo de rechazo al *establishment* global.

Con motivo de las reuniones de líderes de países poderosos o de instituciones comerciales o financieras internacionales, un abigarrado grupo de manifestantes comenzó a darse cita para protestar contra los efectos nocivos de la globalización. La composición de sus contingentes fue heterogénea —los hubo de muchas nacionalidades y de varias filiaciones ideológicas, socialistas y anarquistas, nacionalistas e internacionalistas— y sus protestas reflejaron una convergencia de hastíos, una conjugación de hartazgos contra un orden injusto. Luego vino la primavera árabe. Jóvenes inconformes en países del Magreb y de la península arábiga se levantaron contra sus gobiernos desde las redes sociales, tirando a varios dictadores. ¿Banderas compartidas? Rechazo a la autocracia y a la falta de libertades, irritación por la corrupción y la pobreza. ¿Ideología común? Ninguna que se haya expresado con nitidez. Es imposible saber si esos alzamientos populares acabarán en la construcción de democracias de corte occidental, si desembocarán en teocracias islámicas o nuevos caudillismos o si se diseñarán otros escenarios. Faltan consensos internos y sobran injerencias externas. Lo cierto es que el fuego con que se inmoló en 2010 Mohamed Bouazizi, el vendedor de frutas tunecino, encendió praderas que nadie imaginó.

Al mismo tiempo que esos movimientos se gestaban nacían otros en el primer mundo. En España aparecieron "Los Indignados" y en Estados Unidos el "Occupy Wall Street"[33]. El 15-M español demostró que Occidente no es inmune al virus de la rebeldía y que, una vez inoculado, Twitter y Facebook lo potencian más rápidamente porque en el mundo occidental enfrentan menos obstáculos. Las protestas contra la austeridad y sus recortes al gasto social, contra el desempleo y la corrupción dislocaron las elecciones de noviembre de 2011 en las Cortes de Madrid, aunque el resultado fue hasta

cierto punto fallido: echaron del poder al PSOE y entronizaron a la derecha del Partido Popular. El movimiento Occupy, por otro lado, ponía de manifiesto en Nueva York y en otras ciudades norteamericanas el enojo del "99 por ciento" de la población por el enorme poder que la elite financiera ejerce; en la presunta meca de la democracia y como secuela de la crisis financiera de 2008, los "ocupas" pusieron el dedo en la llaga oligárquica e impugnaron el divorcio entre partidos políticos y ciudadanía. Por su parte, los chilenos zarandearon su sistema educativo, los griegos a su régimen político. El #YoSoy132 mexicano izó la bandera de la democratización de los medios, cambió la correlación de fuerzas en la contienda electoral y cimbró las elecciones de 2012. Los turcos protestaron contra el autoritarismo, y los brasileños salieron a las calles durante la Copa Mundial de 2014 para manifestarse contra el dispendio en torno al mismísimo futbol y contra los altos costes del transporte[34].

En el caso de los movimientos europeos o norteamericanos, lo interesante es que su inconformidad va más allá de coyunturas. Su base social está marcada por la juventud de la mayoría de sus líderes, por el deseo de sus miembros de demoler el *establishment* y por discursos radicales que coinciden en la urgencia de realizar transformaciones profundas. Si bien no todos tienen una influencia socialista, no me parece aventurado decir que sus filas se nutren en gran medida de lo que en condiciones normales serían electores de izquierda. Y me parece que una de las razones por las que privilegian la calle y desdeñan las urnas es que la socialdemocracia no abandera la causa del cambio del modelo económico global y es vista como integrante de la detestada partidocracia. En otras palabras, la desigualdad, el parcial desmantelamiento de los Estados de bienestar y las consecuencias de la Gran Recesión, mezclados con el corrimiento de los partidos a la derecha

y, sobre todo, de su conversión en una especie de cofradía defensora del statu quo, han orillado a esas personas a enarbolar la bandera antisistema. La democracia contemporánea ha sido incapaz de procesar sus demandas y los ha arrojado a las márgenes de la informalidad política.

Si mis argumentos son válidos, la conclusión es obvia: el acotamiento de la izquierda democrática es el origen de la crisis de la democracia. Ya no existen en el menú partidario primermundista opciones que representen a un creciente número de ciudadanos que repudian los perjuicios socioeconómicos que han recibido —dicho sea de paso, paradójicamente combaten los males de la globalización con los bienes de la globalización, es decir, con los productos de la revolución comunicacional y digital—. Por ahora son minorías, pero resultaría insensato confiar en que lo seguirían siendo si no se desacralizara el modelo económico y no se modificaran los instrumentos y los mecanismos de representación. La próxima crisis de la economía, que sin duda será global, alimentará esas movilizaciones, y en la medida en que los sistemas democráticos se propongan frustrar la permanencia de los nuevos partidos que emanan o se nutren del activismo social, del corte de Podemos en España y en menor medida de Syriza en Grecia —que podrían renovar el polo izquierdista y jalar hacia el centro a la socialdemocracia—, las consecuencias serán tan impredecibles como dañinas para la democracia.

El caso de Syriza amerita un estudio aparte sobre la forma en que el *establishment* global procesa la disidencia. De raigambre comunista, este partido asumió el gobierno griego en 2015, encabezando una muy heterogénea coalición, e intentó negociar desde una posición de fuerza el paquete de rescate ofrecido por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional. El primer ministro Alexis Tsipras lo sometió a referéndum —en el cual fue rechazado— y presionó

porque las medidas de austeridad exigidas por la troika fueran menos draconianas. Pero su estrategia fracasó y su Parlamento tuvo que allanarse a condiciones más duras que las originales. Los principales medios internacionales fueron comprensiblemente críticos con Grecia por haber mentido sobre sus finanzas y por haberse endeudado excesiva e irresponsablemente, lo cual es cierto. Pero nada dijeron del hecho de que la crisis griega se agravó por otra mentira, la de las calificadoras norteamericanas que en vísperas de su estrepitosa quiebra en 2008 avalaron la salud financiera de bancos como Lehman Brothers, y por otra irresponsabilidad, la de los especuladores que en Estados Unidos detonaron la Gran Recesión.

La compleja realidad actual no se explica en blanco y negro. Pueden y deben discutirse las causas de la insurrección de esos sectores sociales, pero no puede ni debe ignorarse que, como diría Judt, algo anda mal en este mundo globalizado. Y tampoco es sensato desdeñar el hecho de que los aires libertarios y justicieros que hoy soplan en la periferia del primer mundo podrían convertirse mañana en vientos de fronda en el centro mismo de su civilización.

CAPÍTULO 4

LA IZQUIERDA EN AMÉRICA LATINA: UN EJEMPLO A CONTRACORRIENTE

Hasta aquí he hablado primordialmente de Europa y de Estados Unidos. Me parece importante, sin embargo, ofrecer un apunte sobre una parte del mundo donde la democracia, y la izquierda dentro de ella, han seguido derroteros muy distintos. Me refiero a América Latina. El contraste es ilustrativo porque muestra claramente el vínculo vicioso de desigualdad social e inmadurez democrática. Ninguna otra región brinda esa ventana de análisis comparativo: África y el sureste asiático padecen rezagos y carencias que deprimen la calidad de vida de sus habitantes, pero su historia política no ofrece el mirador de la metamorfosis democrática latinoamericana al que me referiré en este capítulo.

Mientras el consenso socialdemócrata europeo consolidaba el Estado benefactor y el *New Deal* americano instauraba el keynesianismo, América Latina se debatía entre asonadas justicieras y dictaduras expoliadoras. En tierras latinoamericanas, la primera socialdemocracia pasó prácticamente de noche en el siglo XIX, la segunda brilló por su ausencia en el XX y solo una expresión menos diluida de la tercera aparece ya cerca del XXI. El marxismo y los partidos comunistas irrumpieron en América Latina poco después de la

Revolución rusa, pero si bien en algunos países construyeron nichos electorales significativos y en otros capturaron casi en su totalidad a la *intelligentsia*, en ninguna parte lograron crear una base social suficiente para gobernar. En los años que siguieron a la Gran Depresión, la izquierda latinoamericana solo llegó al poder mediante organizaciones nacionalistas y populares conformadas en torno a carismáticos caudillos militares. Getulio Vargas en Brasil (1930), Lázaro Cárdenas en México (1934) y Juan Domingo Perón en Argentina (1946) erigieron liderazgos autoritarios con mayor o menor consistencia doctrinaria, organizaciones de masas bastante eficaces y gobiernos a horcajadas entre el populismo y el socialismo que por cierto reflejaron, cada cual a su manera, la espontaneidad y la elasticidad ideológica de la primera conflagración social del siglo XX, la Revolución mexicana iniciada en 1910[35].

Las opciones progresistas de poder en este subcontinente fueron producto, pues, de ideologías en buena medida eclécticas, con un fuerte componente nacionalista. Y es que a diferencia de Europa, donde las naciones crearon a los Estados pero el nacionalismo acabó desprestigiado por su vinculación discursiva con el nazismo, el fascismo y los separatismos, en América Latina los estados crearon a las naciones y el nacionalismo permaneció asociado positivamente a la forja de identidad, a la emancipación poscolonialista y a la inclusión social. Por eso la izquierda de este subcontinente ha mezclado diversas dosis de ortodoxia y heterodoxia marxista, leninista, estalinista y maoísta con un infaltable ingrediente nacionalista, casi siempre reforzado para asumir el antiguo ideal de la integración latinoamericana. En efecto, la brega izquierdista en América Latina trocó el internacionalismo proletario en un latinoamericanismo antiyanqui y, en este sentido, subordinó la lucha de clases a la lucha antiimperialista. Un cubano, José Martí, fue el precursor

decimonónico del antiimperialismo, y otro, Fidel Castro, fue el mezclador vigesémico de esa tradición intelectual con el marxismo-leninismo poco después del triunfo de la Revolución cubana en 1959 (una mezcla parecida habría de hacer a partir de 1999 el presidente venezolano Hugo Chávez al tender un puente identitario entre Simón Bolívar, pionero de la integración latinoamericana, y Marx, como lo entendió su "socialismo del siglo XXI"). A partir de entonces los movimientos guerrilleros recibieron un fuerte impulso. El Partido Comunista de Cuba se convirtió en el referente de la izquierda latinoamericana y, gradualmente, en algo parecido al Partido Comunista de la URSS en América Latina. Y pese a que solo los revolucionarios sandinistas lograron hacerse del gobierno en Nicaragua en 1979, durante décadas varios grupos guerrilleros se beneficiaron, primero, del apoyo cubano y luego del nicaragüense[36].

Mientras eso ocurría en la praxis, en el ámbito teórico el izquierdismo latinoamericano hacía tres aportaciones: el Socialismo Indoamericano, la Teología de la Liberación y la Teoría de la Dependencia. La primera, obra del peruano José Carlos Mariátegui a fines de la década de 1920, agregó al marxismo la variable étnica y en cierto modo preludió el multiculturalismo. La segunda brotó del ala progresista de la Iglesia católica a partir de 1968 con el también peruano Gustavo Gutiérrez, el brasileño Leonardo Boff y el mexicano Porfirio Miranda, entre otros, enarbolando la bandera de la opción preferencial por los pobres, por conducto de las comunidades de base y con los jesuitas como orden emblemática, hasta que fue censurada por el Vaticano en los años ochenta[37]. Y la tercera, elaborada en torno a la CEPAL por economistas y sociólogos de la talla del argentino Raúl Prebisch y el brasileño Fernando Henrique Cardoso, sistematizó el pensamiento nacionalista y anticolonialista y tuvo su auge en los años sesenta y setenta.

Quizá la más influyente de las tres contribuciones fue la de los teóricos dependentistas. Su tesis medular fue la existencia de una relación de control y explotación de los países centrales industrializados sobre los países periféricos en su calidad de proveedores de materias primas y mano de obra barata, aunque lo más sugerente fue su inferencia de que la etapa de "predesarrollo" por la que en su momento pasó el centro es muy diferente al "subdesarrollo" que padece la periferia, y que por tanto el diagnóstico y la prescripción desarrollistas no podían provenir de las metrópolis. Argumentaron además que la dependencia que padecen las excolonias latinoamericanas de los eximperios europeos —y del neoimperio de Estados Unidos— no se reduce al ámbito económico, sino que llega al terreno cultural, lo cual provocó reconcomio en algunos de ellos frente a la influencia marxista —a fin de cuentas eurocéntrica— y los volvió más creativos. La relación de dominación solo podía cambiarse mediante otras dos emancipaciones: a la independencia política le hacía falta una independencia económica y una independencia cultural[38].

Con todo, el influjo dependentista, materializado en las políticas de sustitución de importaciones, fue breve. Con la irrupción de la derechización encabezada por Thatcher y Reagan y tras del derrumbe del bloque soviético, la izquierda latinoamericana se atrincheró en el radicalismo. Allí quedaron los fieles a Marx y al imperativo de destruir el capitalismo, quienes se dividieron en dos grupos: unos, desde la academia, se dedicaron a hacer la crítica del fundamentalismo neoliberal, y otros, en la guerrilla, a diversificar la guerra popular prolongada. Los gobiernos de América Latina, en tanto, vieron crecer a niveles inmanejables sus deudas externas, enfrentaron una crisis agudizada por su desorden macroeconómico y, bajo la presión de Estados Unidos y de los organismos financieros internacionales, impusieron

medidas de disciplina financiera y austeridad presupuestal que golpearon a poblaciones mayoritariamente pobres, carentes además del amortiguador que un Estado de bienestar formal y estructurado proporcionó a las europeas. En ese contexto se dio el famoso Consenso de Washington, y con él las reformas fiscales regresivas, el fin de las políticas industriales y la fiebre privatizadora y desreguladora[39].

Así, América Latina padeció la resaca sin haber disfrutado la borrachera. Si las economías latinoamericanas querían sobrevivir en la globalidad, sus aparatos estatales tenían que adelgazar. Se hablaba de una falsa disyuntiva entre lo público y lo privado que se resolvía optando por "lo social", en un contexto en que la mayoría de las expresiones "civiles" representaba a las grandes empresas y en que el adelgazamiento de marras —si bien incluía la razonable venta de muchas empresas "paraestatales" que el Estado nunca debió haber comprado— condenaba a las sociedades a la anemia. La corriente neoliberal llegó a América Latina, como siempre ocurre con las corrientes de pensamiento en esta parte del mundo, retrasada y recargada, y la tecnocracia que gobernó en la gran mayoría de los países resultó más papista que el Papa. Y es que la receta primermundista fue una venta condicionada (algo así como "compre su modelito económico y llévese con él un útil despertador democrático") y se adquirió el modelo completo, incluyendo los accesorios que en Europa no se habían atrevido siquiera a probar. El resultado fue la "década perdida" de los ochenta, caracterizada por una modernización excluyente. Dicho sea de paso, no deja de llamar la atención que la época en la que los regímenes dictatoriales cedieron su lugar a la democracia en la región haya coincidido con un bajo o nulo crecimiento de las economías y una mayor marginación social[40].

La resaca no tardó en llegar. El impacto de las medidas de ajuste

adoptadas en los países del subcontinente y el descontento popular pavimentó la llegada al poder en el cambio de milenio tanto de liderazgos inscritos en la tradición nacional-populista sudamericana (Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, Néstor y Cristina Kirchner en Argentina, por ejemplo, y en un plano menos extremista Rafael Correa en Ecuador, a los que, a falta de una mejor etiqueta y con afán didáctico, englobo en el bloque chavista) como de quienes crearon lo que yo llamo "la opción socialdemócrata 2.5" (nada que ver con Viena 1921), una segunda socialdemocracia sin Estado benefactor, pero con una vigorosa política social, que toma de la tercera su política macroeconómica y queda situada a medio camino entre ambas (Lula da Siva y Dilma Rousseff en Brasil, José Mujica y Tabaré Vázquez en Uruguay, Ricardo Lagos y Michelle Bachelet en Chile). Pero ninguna de estas dos modalidades ha estado exenta de problemas, como muestran las vicisitudes de sus dos casos emblemáticos, el venezolano y el brasileño. En el primero hay una muy grave polarización política y social provocada por su régimen autocrático (acaso forjado bajo la influencia que en el inconsciente del izquierdismo latinoamericano dejó el trauma del golpe militar que derrocó al Gobierno chileno, democrático pero débil, de Salvador Allende en 1973). Y en el segundo se vive la secuela de un movimiento social que estalló en plena Copa Mundial de futbol de 2014. Y es que Brasil enfrenta escándalos de corrupción gubernamental en medio de un estancamiento económico, y la petrolizada economía de Venezuela sufre una catástrofe agudizada por la caída de los precios del petróleo mientras su régimen político encarcela opositores y enfrenta una crisis de gran calado.

América Latina está inmersa en una gran desilusión democrática. Si la queja global contra la democracia se endereza contra la atrofia de su representatividad, el reclamo en esta región es más amplio porque engloba

también su ineficacia. La gran asignatura pendiente latinoamericana va más allá de la igualdad de oportunidades: está en la promesa incumplida por parte de los gobiernos neoliberales de que el estoicismo de las mayorías que se apretaron el cinturón en aras del saneamiento de las finanzas públicas se vería recompensado con la elevación de su nivel de vida. La macroeconomía impuso el costo y la microeconomía se quedó esperando el beneficio. No debe, pues, extrañarnos que las mediciones demoscópicas señalen que la aceptación de la democracia en América Latina va marcadamente a la baja. Dudo que haya otra parte del mundo donde se haya manifestado con más intensidad el daño causado por quienes vincularon inescindiblemente el sistema democrático y el neoliberalismo. La conclusión parece obvia: si hoy la democracia solo admite un modelo económico que genera tanta marginalidad, la mayoría marginada rechaza esa democracia[41].

La crisis democrática es universal, pero se torna más grave en América Latina porque, a diferencia de lo que sucede en el primer mundo, la utopía revolucionaria está viva en el imaginario colectivo. Es natural: se trata de una región donde el Estado es menos sólido y más corrupto, la sociedad es más pobre y desigual y la democracia es tan incipiente como volátil. Hay, por cierto, un factor clave en la perpetuación de la desigualdad: en los países latinoamericanos la educación ha sido dual —pública y privada— y por lo general los hijos de familias pobres estudian en sistemas de educación pública que se han deteriorado en la medida en que los gobernantes han dejado de preocuparse por la mayoría de sus gobernados, mientras que los hijos de familias ricas estudian en escuelas y universidades privadas que suelen tener mejor calidad académica. Y algo similar ocurre con las redes de centros de salud públicas y los hospitales privados. Así, lo que ha habido en América Latina es una continuidad polarizadora y una discontinuidad

democrática.

La historia política de la región, en efecto, es un lienzo hecho de retazos dictatoriales y democráticos cosidos con el hilo de la pauperización. No ha sido posible compaginar liberalismo político y desarrollo social. El subcontinente ha fluctuado entre autoritarismos de toda laya y, con las parciales y embrionarias excepciones de Brasil, Uruguay y Chile, el izquierdismo gobernante se ha atrincherado en el populismo. He aquí el dilema. En buena parte de la *intelligentsia* de izquierda predomina un socialismo con ropaje autóctono que espera ver en América Latina la emergencia de las condiciones objetivas y subjetivas para la eclosión revolucionaria. La subsistencia de viejas guerrillas y el surgimiento de nuevas insurgencias prueban la vigencia del idealismo armado, que no ha cambiado bastante desde que el Che Guevara se volvió emblemático. Existen importantes diferencias en la postura revolucionaria, pero prevalecen dos constantes: el rechazo categórico al sistema capitalista y un anatema que recuerda al que en su momento se le lanzó a Eduard Bernstein, a saber, que los socialdemócratas son los traidores que han salvado al sistema capitalista de su autodestrucción[42].

Ciertamente, la indignación globalizada por la Gran Recesión está multiplicando las reediciones de *El capital* en todo el mundo. Pero no conozco otra región donde se dé el fenómeno latinoamericano que hace que, en cuanto aparece un nuevo brote guerrillero o insurreccional, la izquierda democrática tiemble y no pocos de los izquierdistas pensantes que habían dejado de soñar con la revolución vuelvan a anhelarla: autóctona, nacionalista, antiyanqui, inédita, más o menos violenta, sin un orden poscapitalista definido, pero revolución al fin. Ante la causa igualitaria del materialismo histórico, campea en ciertos círculos ideológicos de América

Latina un compromiso tan persistente que me impide eludir una analogía religiosa. Imagino el llamado de vuelta a sus orígenes que sienten en estos tiempos algunos demócratas latinoamericanos de extracción marxista como el del cura que, tras hacer sus votos, agobiado por sus dudas y por su incapacidad de conciliar la fe con la razón, deja el sacerdocio, solo para que tiempo después perciba en su vida agnóstica una señal de que Dios existe y de que su misión en la tierra es realizable. No lo digo a guisa de sarcasmo; en todo caso, me mueve una dosis de admiración y otra de perplejidad. Porque, para bien y para mal, el romanticismo al que me referí en la introducción de este libro está vivo en la izquierda latinoamericana, pese a las enormes frustraciones que ha sufrido. Y es que algunos marxistas o exmarxistas de América Latina encajan en la descripción que Isaiah Berlin hace de lo bueno y lo malo de los románticos decimonónicos, preconizadores de la congruencia sobre el éxito y, a menudo, defensores de la derrota y de la heroicidad[43].

Tengo para mí que la huella de Marx en la izquierda democrática latinoamericana es tan soterrada como indeleble. Marca a muchos exmilitantes de organizaciones marxistas y a otros tantos que, por formación o por intuición, continúan moviéndose en la lógica del genio de Tréveris. Aunque la mayoría de ellos rechaza ya por principio democrático la vía armada, siguen reverberando en sus mentes ciertas tesis revolucionarias que influyen sobre todo en el diseño de estrategias y tácticas para alcanzar el poder. El *chip* marxista que parece guiarlos inconscientemente contiene dos elementos básicos: 1) indignación ante la injusticia social que se expresa más en rencor y enojo que en propuestas reformistas (la lucha de clases como motor de la historia); 2) desconfianza en el orden legal e institucional y sospecha de que la izquierda no puede llegar al poder por la vía electoral sin desnaturalizarse (el Estado liberal como garante de la opresión burguesa

sobre el proletariado). Contra el escudo jurídico de la derecha esgrimen la lanza popular de la izquierda. La democracia liberal es desconfiable porque, aunque los pobres son mayoría, los ricos pueden alienar a las masas y encerrar su conciencia de clase en las urnas. A fin de cuentas, la lucha y la resistencia del pueblo han de triunfar en las barricadas. Por eso, muchas veces optan por enojar al ciudadano esperanzado antes que por esperanzar al ciudadano enojado. Cierto, ese activismo extremista podría resultar electoralmente útil para partidos socialdemócratas, pero en América Latina son casi inexistentes.

Me detengo en dos términos clave de la izquierda en América Latina: "la lucha" es, con "la resistencia", tradición y mantra. Hay que luchar y resistir porque el capitalismo es inadmisible y porque es la única forma en que los de abajo pueden derrotar a los de arriba; así fue antes y así será siempre. La eternidad de la lucha es una consecuencia del desplome de la profecía: desde que la quiebra del socialismo realmente existente deshilvanó la proclama de la inexorable sociedad sin clases, el futuro se volvió impredecible. De hecho, fue en ese momento cuando luchar y resistir empezaron a ser acciones indistinguibles. Si, como creo, los principios son intereses en cristalización y los dogmas son principios petrificados, la lucha y la resistencia se han dogmatizado porque se han vuelto fines en sí mismos, epopeyas que frecuentemente hacen olvidar por qué se lucha y para qué se resiste, que producen tanto dolor como placer y que constituyen la única constancia válida de lealtad y congruencia con la tradición socialista en tiempos de deserciones globalifílicas. Dejar de luchar y resistir en las circunstancias presentes sería tanto como claudicar y traicionar el compromiso social. Por lo demás, la identidad emocional, el *ethos* esencial, aflora en movilizaciones (distintas, por cierto, a las de los globalifóbicos, que son susceptibles de

desembocar en partidos ciudadanos que canalizan institucionalmente sus rebeliones, como en España). Es entonces cuando la rabia de las multitudes puede trocarse en venganza violenta contra la burguesía o al menos en revancha catártica de burlas ingeniosas, cantos y bailes, risas y algarabía. ¿Cómo pedir que se renuncie a eso a cambio de la contienda electoral, del debate parlamentario o, peor aún, del anticlimático litigio en los tribunales? El cálculo frío en el marco de la legalidad y la institucionalidad es para la derecha, la campeona del statu quo racional. Lo de esta izquierda es el apasionamiento redentor.

El mundo ha cambiado más rápidamente que América Latina. Las primeras conquistas sociales de la región, como en el más lejano pasado europeo, fueron arrancadas mediante el conflicto y la confrontación heroica de los débiles contra los poderosos. Pero, a diferencia de Europa, América Latina no ha podido reducir la iniquidad y la pobreza. Eso explica la moderación de la izquierda europea y la radicalización de la izquierda latinoamericana y suele ofuscar a muchos izquierdistas de América Latina, que soslayan el hecho de que el actual Estado de derecho pone a su alcance instrumentos legales, institucionales y mediáticos con los que sus predecesores nunca soñaron. El heroísmo, si bien necesario en situaciones límite, ya no es indispensable para ganar todas las batallas. Y sin embargo, la impronta marxista obstaculiza el *aggiornamento* de un conjunto de grupos y partidos izquierdistas radicales de América Latina que —si se dimensiona el alcance de los movimientos populares, las guerrillas y los gobiernos del bloque chavista en todo el subcontinente— podría considerarse su *mainstream*. Y si bien gran parte de la culpa la tiene una derecha premoderna y voraz que insiste en desnivelar el terreno y jugarle sucio a su némesis, es responsabilidad de la izquierda enterrar la consigna dialéctica de

que el supuesto advenimiento de la sociedad sin clases justifica el abanderamiento indiscriminado de toda forma de lucha y el deterioro de la realidad presente. Vale la reiteración del viejo argumento: la ciudadanía de hoy no tiene por qué aceptar su sacrificio para el habitante de un dudoso mañana. En suma, urge entender que la brega social en la realidad contemporánea es en otro terreno y con otras armas[44].

No pretendo incurrir en una generalización injusta. No solamente existe en América Latina la socialdemocracia 2.5 a la que he hecho alusión, que ha logrado disminuir la pobreza en un marco de libertades y avanzar hacia el justo medio entre socialismo y liberalismo, sino que también hay demócratas convencidos y libres de ambigüedades en el izquierdismo radical latinoamericano, y no faltan ideólogos en esas filas que abrazan el liberalismo político[45]. El problema es que todavía son demasiados los izquierdistas en América Latina que prefieren detener su viaje ante el Rubicón de la democracia antes que perfeccionarla. Da la impresión de que han acampado en un paraje intermedio que les sienta bien, en el filo entre la pluralidad y las libertades y la imposición de su ideología y su agenda, en la estrategia clientelista de la movilización sistemática[46].

Por lo que toca a los gobiernos del bloque chavista el problema es, a juicio mío, el extremismo. En términos programáticos, no creo que la izquierda latinoamericana pueda darse el lujo de reducir sus diferencias ideológicas con la derecha a los temas que se debaten en Europa. Por la precariedad social que he señalado, en América Latina sería absurdo que un partido izquierdista avalara tal cual el modelo socioeconómico globalmente correcto y no se distinguiera de sus adversarios neoliberales en su visión del combate a la desigualdad. Si en el primer mundo se siente ya un efecto búmeran de las recetas del nuevo *laissez faire*, con mayor razón ha de cuestionarse ese

repliegue del Estado donde ha dado tan malos resultados. Por eso no es pertinente descontextualizar la modernización. Soy el primero en pedir que la izquierda latinoamericana se modernice, pero no puedo exigirle que lo haga ignorando la submodernidad en que viven millones de latinoamericanos a los que representa o aspira a representar. Eso sí, en vez de coartar libertades y expropiar empresas, en este subcontinente modernizar presupone integrar: propiciar en cada país la movilidad y contrarrestar el racismo (engendrado en la correlación entre raza y clase que subsiste en muchos de ellos), ensamblar las regiones globalizadas y beneficiarias de la riqueza y de los avances científicos y tecnológicos con las regiones rezagadas y aisladas del progreso global. El cáncer de América Latina se manifiesta en dos tumores, el de la corrupción (que en esta metáfora estaría alojado en el cerebro) y el de la desigualdad (que haría metástasis en el estómago). Por eso el reto es nivelar y equilibrar la superficie social de tal modo que nadie se hunda en la injusticia, y para ello es necesario fortalecer el Estado de derecho y diseñar una nueva política económica y fiscal que, sin ignorar la ahora ineluctable dinámica global del capital, permita un crecimiento con redistribución de la riqueza.

Lo cuestionable del izquierdismo latinoamericano no son tanto sus fines cuanto sus medios. Su dilema es decidir, de una vez por todas, si cree que la democracia liberal puede conducir a una sociedad justa. Los brasileños, los uruguayos y los chilenos que gobiernan sus países ya han dicho que sí[47]. Y no asintieron pensando en una abstracción, definida de acuerdo a parámetros subjetivos que pueden llevar a desconocer las reglas del juego cuando los perjudican, sino en el sistema democrático, que se enmarca con todos sus defectos dentro del pluralismo y funciona mediante la competencia de partidos políticos. En ese contexto puede pugnarse por el cambio de fondo que la democracia pide a gritos y del que me ocuparé en el próximo capítulo:

la reinvención de sus mecanismos de representatividad que propicie una mayor justicia social. Pero porfiar en la vía revolucionaria para alcanzar el poder, o conservar el populismo como forma de ejercerlo, es condenar a la izquierda a la inmadurez o al caos.

Ahora bien, huelga explicar que el problema de fondo es otro. Se trata del convencimiento de una parte de la izquierda latinoamericana de que, en cualquiera de sus expresiones, el capitalismo es intrínsecamente injusto y mientras no sea abolido resultará imposible erigir sociedades razonablemente equitativas. Las que se forjaron en la Europa de la Treintena Gloriosa se le antojan, por decirlo de alguna manera, espejismos. Y el *establishment* neoliberal parece empecinado en revivir esa vieja convicción marxista en todo el mundo con su renuencia a aceptar cambios a su modelo económico único. De hecho, quizá sea esta la peor coyuntura para hacer un alegato a favor de la socialdemocracia en América Latina, donde buena parte del suelo social ofrece hoy feracidad a las proclamas radicales. Ante la secuela de la Gran Recesión, la oleada de protestas sociales antisistémicas rechaza cualquier proyecto que se enmarque en el actual orden de cosas, por lo que particularmente en los desiguales países latinoamericanos semejante exhortación suena estéril. Ni hablar, el viento sopla a favor de los nuevos abolicionistas. Pero tal vez una visión de más largo plazo pueda ofrecer otra perspectiva, incluso para la izquierda latinoamericana.

CAPÍTULO 5

HACIA LA CUARTA SOCIALDEMOCRACIA: EN BUSCA DEL 'DEMOS' PERDIDO

La gran asignatura pendiente de la democracia es separar el poder político del poder económico. El neoliberalismo, como he argumentado, colocó a la cosa pública en un estado de mendicidad frente a la cosa privada, y con ello puso a los representantes a merced de un puñado de representados. En cierto modo le enmendó la plana a Aristóteles. Como se sabe, según la tesis aristotélica de las tres formas puras y las tres formas impuras de gobierno que Polibio puso a girar en torno a Roma, la monarquía degenera en tiranía hasta que los nobles la derrocan para imponer la aristocracia, la cual degenera en oligarquía provocando una rebelión popular que da origen a la democracia, la que a su vez degenera en demagogia para que un hombre fuerte vuelva a establecer la monarquía. Si esta taxonomía móvil de dos críticos de la *demokratia* fuera válida, el neoliberalismo habría logrado mover sus manecillas en reversa para revertir democracia en oligarquía. En todo caso, ya sabemos que la democracia nació y murió en la Grecia clásica y que tardó dos mil años en resucitar. Muy probablemente la desprestigió entonces la derrota de la alianza liderada por la democrática Atenas frente a la que encabezaba la oligárquica Esparta en la guerra del Peloponeso, como la

desprestigia ahora su cariz plutocrático y la pone a prueba simbólicamente en la Grecia contemporánea. Ayer fue su ineficacia militar; hoy es su ineficiencia social[48].

Durante varios siglos la teoría política avanzó gradualmente hacia un equilibrio entre poderes. Primero determinó la separación del poder espiritual del terrenal y destacó las bondades de la república (Maquiavelo). Luego decidió que quienes fijan las reglas y quienes las ejecutan (Locke) o quienes legislan, aplican la ley y dirimen conflictos (Montesquieu) se convirtieran en contrapesos unos de otros. La idea era que los poderes se contuvieran entre sí para que ninguno de ellos prevaleciera sobre los demás. Pero aún no se ha diseñado un sistema que impida la supeditación de la política al dinero. Con Bernstein, los socialdemócratas depositaron su confianza en el sufragio universal y en la acción justiciera de las mayorías en el Parlamento. Pero esa fe aritmética contenía un error y carecía de tres datos: por un lado, asumía que la burguesía sería siempre minoritaria y, por otro, no contaba con la veleidad del capital globalizado ni con la capacidad de cooptación del financiamiento privado de las cada vez más onerosas campañas electorales ni con la influencia propagandística de medios de comunicación electrónicos también privados[49].

Si, como sostengo en este libro, la crisis de la democracia se explica entre otras cosas por la gradual derechización de la socialdemocracia, la solución está en izquierdizarla o, mejor dicho, en moverla hacia un centro progresista. Es decir, en ofrecer una opción partidaria que se aleje de los dogmas de la economía neoliberal y tenga una oferta viable para contrarrestar la desigualdad que este modelo ha producido en el ámbito socioeconómico y en el acceso a la educación de calidad y a la impartición de justicia. Pero la lección que hemos aprendido de este proceso histórico va más allá. Lo que

quedó al descubierto a partir de la globalización es una deficiencia democrática, una carencia institucional que impide garantizar la representación cabal de la sociedad. En cierto modo, el desequilibrio de la geometría política provocó un desequilibrio de representatividad, uno que desamparó políticamente a los socioeconómicamente desamparados (ojo: no es la existencia de clases, sino el abismo entre ellas lo que propicia la plutocracia). Por eso y porque resulta improbable que cambien en el futuro inmediato las condiciones que empoderaron al capital transnacional a expensas de las autoridades electas en los estados, es imperativo revisar estructuralmente la versión contemporánea de la democracia. El tema está en la agenda actual de la ciencia política, y se discuten diversas opciones. Pero ya volveré a este punto.

Lo que me interesa cuestionar ahora es la visión economicista de la historia que hace que los extremos se toquen en la coincidencia entre neoliberales y paleomarxistas. Sin entrar en una deliberación que trasciende los propósitos de este ensayo, he de reiterar que al menos en el caso de la distribución de la riqueza no hay fatalismo económico que valga y que son decisiones políticas, sobre todo de política fiscal, las que determinan que la desigualdad sea mayor o menor. En otras palabras, que si bien es cierto que hoy existen factores metanacionales que constriñen las rutas alternativas en el manejo de las economías nacionales, la voluntad política puede empezar a cambiar las cosas. No me refiero al voluntarismo populista, sino a un gradualismo sagaz que empiece a aprovechar la energía social desatada por los movimientos de protesta para implantar reformas. Una cosa es que la oferta y la demanda tengan una dinámica propia que hay que tomar en cuenta y otra muy distinta es que el mercado sea soberano. Privar al Estado de los instrumentos normativos para subsanar las fallas y las distorsiones de un

mecanismo que tiende lo mismo a generar riqueza que a concentrarla ha resultado tan perjudicial como en su momento lo fue centralizar la economía y manejarla por decretos burocráticos[50]. Me refiero, vale precisarlo, a la dimensión cualitativa y no cuantitativa de la regulación, a regular lo importante de manera clara y sencilla y no a sobrerregular todo. Y en este sentido, lo que habría que perfilar es una nueva etapa de la socialdemocracia, una que en sus efectos se parezca más a la segunda que a la tercera.

Evitemos equívocos: no propongo el regreso a un pasado irrepetible. La realidad de estos inicios de milenio es drásticamente distinta a la de mediados del siglo XX y no puede actuarse como si el entorno económico no existiera. Ya dije en el capítulo 2 que el aumento en los precios del petróleo y un conjunto de variables demográficas impactaron en la economía y contribuyeron al resquebrajamiento del consenso socialdemócrata y al triunfo de Thatcher y Reagan. Pero me queda claro que fue la llegada al poder de esos dos personajes y de los partidos neoconservadores o neoliberales en otros países —esto es, la ejecución de un programa ideológico que fue mucho más allá de las medidas prácticas que el cambio en las variables socioeconómicas aconsejaba— lo que catalizó una espiral de liberalización económica y desigualdad. Y aunque no estemos todavía ante el umbral de una nueva era en la economía global, no me cabe duda de que presenciamos los prolegómenos de una profunda mutación en la circunstancia social, lo cual tarde o temprano ofrecerá una coyuntura favorable a decisiones políticas que aceleren el tejido de una nueva red de bienestar. Se trataría de un arreglo diferente en su estructura al viejo Estado benefactor, desde luego, pero similar en sus consecuencias equilibradoras y compatible con un manejo prudente y ordenado de las finanzas públicas, con crecimiento y creación de empleos bien remunerados.

La economía incide en la política, pero no necesariamente la determina. De hecho, la política puede determinar a la economía si le aplica la técnica del *judo* y aprovecha su propia fuerza para lanzarla. Y de lo que se trata es de devolver al pragmatismo el afán equilibrador y volver a la conducción del sistema capitalista. A mi juicio, el capitalismo ganó la guerra fría porque sus principios se desarrollaron inductivamente a partir de una experiencia secular, mientras que el socialismo real aplicó deductivamente su credo con una alta dosis de dogmatismo y sin haberlo probado empíricamente. El derrumbe de la Unión Soviética, primer país forjado a imagen y semejanza de una ideología, se lo propinó la rigidez, la disfuncionalidad y la estirpe platónica del socialismo real: si la realidad no se adapta a la teoría, peor para la realidad. Por eso aquellos economistas y políticos liberales que probablemente en su momento siguieron a Keynes acabaron quedándose con las llaves de la flamante aldea global, porque actuaron pragmáticamente para conservar un sistema que les beneficia y, en una lógica de ganar-ganar, apoyaron la agenda socialdemócrata en aras del bienestar para las mayorías.

Pero he aquí que el capitalismo se volvió dogmático y deductivo. Le tomó tan solo un par de décadas, las dos últimas del siglo pasado, vaciar el neoliberalismo en bronce, encumbrar un nuevo dogmatismo y perder su mayor cualidad, la adaptabilidad que en vez de "dejar hacer y dejar pasar" le permitía "dejar de hacer lo que deja de pasar", es decir, desechar lo que no funcionaba y adoptar lo que diera buenos resultados más allá de etiquetas ideológicas. Ya sin rival al frente, envanecido por su triunfo, dejó de ser experimentador y se convirtió en predicador. Peor aún, llevó su prédica a los extremos de la especulación. Pasó así del realismo a la ficción que tanto había criticado. Y exacerbó un impulso primario que le es inherente, pero que había aprendido a supeditar a su instinto de supervivencia: la avaricia.

Se volvió, en su etapa global, tan voraz como lo fue en sus inicios. Digamos que al reencontrarse con un hábitat selvático volvió al estado salvaje. Y es que, tanto en su carácter depredador como en su deseo de ganancias fáciles, rápidas y desorbitadas, el capitalismo del siglo XXI involucionó a sus orígenes del siglo XVIII[51].

Ahora bien, mientras el fundamentalismo capitalista se globalizaba, la izquierda se pasmaba. Sé que esta afirmación ronda el facilismo, pero creo que es válida: el error de la socialdemocracia frente a la globalización fue mimetizarse con el presente para evitar ser asociada al pasado, en vez de buscar una nueva identidad en el futuro. Cierto, la avalancha neoliberal fue apabullante y el margen de maniobra para variar el modelo económico único que surgió tras la quiebra del socialismo real se redujo casi a cero. Pero admitir implícitamente que los conceptos de izquierda y derecha se habían vuelto irrelevantes le hizo daño. La idea del centro de Anthony Giddens y su Tercera Vía habría sido correcta, como lo fue el abandono de los residuos discursivos del marxismo, si no hubiera asumido que el extremo izquierdista como otredad había desaparecido para siempre y que todo lo demás quedaba en medio, lo cual en la praxis legitimó la transmutación y acentuó la crisis identitaria[52]. Decretar que prácticamente ya no había adversario fue tanto como avalar la tesis de que todos los partidos representan y son lo mismo. La democracia se alimenta de contrastes. A la mayoría de los partidos socialdemócratas le faltó, como se ha señalado, un esfuerzo creativo para sustituir con algo más la idea de que la propiedad privada de los medios de producción es el origen de la injusticia. Una cosa es aceptar con matices un consenso coyuntural en torno al mercado y otra es allanarse a la deificación del individualismo y la demonización de lo social —con la consecuente degradación de lo público y la primacía de lo privado— y renunciar en forma

prácticamente definitiva al ideal de la justicia social. En semejantes condiciones, cualquier desencanto con el neoliberalismo tenía que arrojar a los desencantados fuera del sistema y acabaría por condenar a la inanición electoral a la izquierda democrática que rechazara la mimetización. En la disputa por el poder, la paciencia es una cualidad sumamente escasa, y a la larga la precipitación mimética suele resultar cara[53].

Si aspira a un buen futuro, la socialdemocracia debe transformarse a sí misma y transformar tanto el modelo económico como el sistema político. Tiene que labrar su nueva identidad en algún lugar entre el izquierdismo trasnochado latinoamericano y la excesiva derechización europea, y desarrollar una cosmovisión que le permita obtener el apoyo de una sociedad global que cada vez se mueve más rápidamente. En esa agenda social, además de los temas ambientales y de diversidad, hay otros tan relegados como reivindicadores. Por un lado, la redistribución del ingreso mediante una economía más productiva y menos especulativa, capaz de crecer sólida y sostenidamente (y por ahora no hay otra vía que la de aumentar los gravámenes a los más ricos —que no a las clases medias— y/o cerrar los agujeros por los que la gran corporación elude y evade impuestos). Por otra parte, el rediseño de la democracia para hacerla más representativa, lo cual presupone volverla más participativa. A algo cercano a estas dos cosas me refiero con una cuarta socialdemocracia. Soy consciente de que la vertiente económica de esta agenda podría sonar a restauración, pero en realidad presupone el rescate de la imaginación y la forja de un nuevo molde en la mejor tradición pragmática y desmitificadora del capitalismo de la posguerra. No hay contradicción. Ya hay orientaciones para la formulación de un nuevo modelo que contrarreste la desigualdad sin volver al pasado[54].

Si no se quiere salir de un dogmatismo para caer en otro, es indispensable

minimizar lo innegociable: el único criterio válido para juzgar progresista una política económica debería ser la prosperidad general, que supone la disminución de las brechas sociales y un piso de bienestar para los miembros más desafortunados de la sociedad. Joseph Stiglitz, Thomas Piketty y prácticamente todos los economistas que priorizan el combate a la desigualdad proponen impuestos al capital. A la crítica de los neoliberales —quienes argumentan que eso desestimularía la inversión— vale responder que los incentivos que se perderían con mayores impuestos a las grandes corporaciones se trasladarían a las micro, pequeñas y medianas empresas (mipymes), las cuales jugarían un papel estratégico, como en su momento insinuó Eduard Bernstein. En estos tiempos de gigantismo empresarial que ponen en riesgo de extinción a las mipymes, ¿quién va a ser el campeón de los nuevos emprendedores locales, el facilitador de la apertura, desarrollo, florecimiento y multiplicación de nuevos negocios a menor escala?

No es que haya que dar la espalda a los grandes consorcios. Los hay que por su naturaleza tienen que serlo, y son tan necesarios como benéficos para la economía de un país. El problema no es la dimensión de una empresa per se, sino su forma de operar, sus prácticas y, cuando deja de ser grande para convertirse en gigante, su capacidad para capturar a la representación popular. Por lo demás, existen evidencias de que el resquemor a que el apoyo a las mipymes suscite la pérdida de capacidad de investigación y desarrollo tecnológico es infundado: hay cada vez más casos de éxito de innovación eficiente desarrollada en empresas de menores dimensiones[55].

Es menester que se edifique un nuevo pacto social. En este sentido, sé que el espacio para la negociación con el empresariado global es mínimo, y que un quid pro quo que podría funcionar en América Latina —el compromiso gubernamental de subir tasas tributarias solo en la medida en que se logre

contrarrestar la corrupción en la Administración pública— sería tal vez poco relevante en el primer mundo. Ya se sabe lo que suele suceder cuando se plantean proyectos recaudadores; salvo que haya una crisis social y económica de la magnitud de la griega, los partidos tradicionales que se mueven a la izquierda pierden competitividad en las elecciones, como ocurrió en la derrota del LP británico de Ed Miliband en 2015. Quienes niegan que la representatividad contemporánea está en crisis dirán que eso es muestra de que la mayoría de la gente quiere seguir con el neoliberalismo. Habría que revisar con más detenimiento tanto los errores de Miliband como el sorprendente triunfo del socialista Jeremy Corbyn, y habría que analizar qué mueve a algunos electores en ciertos países a votar por el mismo orden de cosas (si no hay una mentalidad inercial producto de la propaganda del miedo a un desplome de la economía cuyas proporciones frecuentemente se exageran) y, sobre todo, habría que ver si no aumenta pronto la deserción democrática. La crisis en España no fue ni es tan grave como la de Grecia, y sin embargo ahí están los Indignados y Podemos y, significativamente, Ciudadanos, esa agrupación partidaria que demuestra que el descontento con el statu quo ya trasciende a la izquierda. Pero es verdad: la apuesta es de largo aliento o no es; a corto y mediano plazo no hay mucho que ganar sin una muy inteligente estrategia de comunicación por parte de la socialdemocracia —diseñada para contrarrestar el pensamiento hegemónico neoliberal en las clases medias y en toda la base social— y poco se puede avanzar sin la aquiescencia de las elites corporativas.

Por eso planteo la forja de un gran acuerdo con las fuerzas productivas, especialmente con el gran capital. Aunque pactar un cambio de modelo económico se antoja hoy imposible porque hay poquísimos magnates como Warren Buffet, sensibles y conscientes de que el paradigma fiscal de hoy es

aberrante, la movilización social puede ofrecer una mejor posición negociadora de cara a una cumbre socioeconómica que sentaría las bases de un renacimiento político. Para lograrlo, no obstante, la inconformidad activa de la ciudadanía tiene que incrementarse y los nuevos partidos de izquierda radical, a diferencia de los viejos o preexistentes, deben ser opciones reales de poder. Y es que una lectura realista de las cosas lleva a una conclusión pesimista: la situación ha de empeorar antes de mejorar. No, no es la lógica de la agudización de las contradicciones, sino la de la segunda socialdemocracia, cuyo éxito se debió en buena medida al temor al comunismo. Es la utilidad dialéctica del extremismo de un signo como neutralizador del extremismo del signo contrario y catalizador del centrismo. Es Hegel, si acaso, no Marx.

Por otra parte, hay factores internacionales que sería torpe ignorar. No deja de ser llamativo que los adalides del libre mercado no lean las oleadas migratorias africanas en Europa o los flujos de inmigrantes indocumentados mexicanos y centroamericanos en Estados Unidos como el resultado del juego de oferta y demanda de mano de obra —que no se puede detener con retóricas xenófobas y medidas represivas— y que no se den cuenta de que la presión que ejercerán sobre las economías europeas y americana crecerá al ritmo de la otra desigualdad, la que existe entre países y regiones. Ese es un problema global por antonomasia y no puede resolverse con acciones unilaterales. Habrá que ver, pues, si la emergencia hace surgir nuevos estadistas a la Brandt u Olof Palme, con visión igualitaria globalizadora, que comprendan que el engranaje de la competencia por el capital transnacional debe arreglarse para lograr una globalidad incluyente, un globo de bienestar sustentado en fondos estructurales para redistribuir el ingreso a nivel planetario, manejados por instituciones emanadas de un nuevo Bretton Woods

que, entre otras cosas, contrarreste la vulnerabilidad de los estados ante los movimientos del capital transnacional. Cierto, en estos tiempos futuristas es difícil ver tan lejos, pero quizá más adelante la realidad obligue a una verdadera prospectiva.

La entronización del neoliberalismo es tal que pedir un nuevo modelo económico parece hoy clamar por un giro copernicano, aunque si se mira bien ese cambio es bastante pequeño. Se trata de un ajuste en políticas tributarias y en regulaciones de algunos flujos de capital. Si se compara eso con lo que está en juego, si se recuerda lo que se debatía entre los arquetipos de la bipolaridad hace apenas cuarenta o cincuenta años, es una mutación menor. Pero la *hybris* se ha enseñoreado entre los ganadores del otrora bloque occidental, quienes no han sabido ser magnánimos en la victoria y les ha hecho perder la perspectiva. Afirmar esto no es ingenuo. La historia está plagada de evidencias de lo torpe que resulta subestimar al derrotado, de asumir que el poder se conquista para siempre o que no pueden aparecer otros adversarios capaces de tomar la delantera.

En las conclusiones volveré a este tema. Aquí me limitaré a decir que el *demos* perdido regresará a los cauces institucionales en la medida en que haya partidos políticos que ofrezcan algo distinto al neoliberalismo y que sean capaces de llegar al poder, lo cual introduciría un acicate para que los representantes respondan a las demandas de bienestar y de participación de los representados. Hay que subrayarlo: la mayoría de la gente que protesta en las calles se volvió antisistémica porque la izquierda se derechizó, sí, pero también porque en general los gobernantes y legisladores de todas las filiaciones se alejaron de las clases medias y bajas para privilegiar a unos cuantos y, por si fuera poco, se aislaron en clanes políticos cada vez más corruptos. Es evidente que muchas partidocracias han trocado en

conciliábulos donde impera la complicidad interpartidista y la corrupción. Se trata de una disfuncionalidad de los mecanismos de rendición de cuentas y de los controles de la voluntad popular, que más allá de ideologías tienen que corregirse porque a casi todos dañan. Hoy por hoy, la economía no da los mejores resultados y la política no enmienda las cosas.

¿Qué mejor reforma democrática puede presentar la socialdemocracia que una cuyo propósito sea sacar al poder político de su postración ante el poder económico? La fórmula ha de apuntar a cambios teóricamente simples pero prácticamente complejos: contiendas electorales mucho menos caras y sin financiación privada. Europa está más cerca de esto —aunque también allá las donaciones de empresas a partidos y a políticos son el talón de Aquiles de la democracia— pero Estados Unidos, América Latina y otras partes del mundo están muy lejos. Por lo demás, no puede soslayarse el hecho de que la televisión privada, con todo y su pérdida de influencia a manos de Internet, sigue siendo la gran dadora de vida o muerte política, y que en campañas más cortas e intensivas deben privilegiarse la equidad y los debates televisivos sobre la propaganda del *spot* y el *sound bite*. La crisis democrática no se superará si no se resuelve el problema de la televisión y su manipulación informativa.

Por lo que toca al gobierno constituido, tienen que idearse nuevas formas para perfeccionar y vigorizar las herramientas de la democracia directa o participativa. Es lo más difícil, sin duda, porque implica salir de las coordenadas existentes y entrar en terreno casi virgen. Hay quien propone la creación de un cuarto poder que contrapese a los tres tradicionales cuando sus decisiones sean manipuladas por los más ricos, por medio de asambleas populares, entre otras cosas, que recreen la figura de los tribunados de la plebe de la república romana[56]. A mí me parece que más que crear un órgano

que excluya a la clase dominante —cuyos miembros no imponen sus condiciones participando directamente en política, sino pagando a otros para que ejecuten sus designios— hay que inventar uno que pueda mantenerse a buen resguardo de su influjo. Yo coincido con la necesidad de un cuarto poder, pero lo concibo de otra manera: una asamblea ciudadana que incidiría transversalmente en los tres poderes tradicionales, un órgano colegiado completamente apartidista cuyos integrantes serían electos por votación popular universal (alguna modalidad de sorteo podría ser incorporada parcialmente) y serían obligatoriamente personas sin militancia en ningún partido político. Su trabajo consistiría en decidir la integración de organismos autónomos, en revisar, a fin de ratificar o rectificar, las decisiones legislativas y judiciales más trascendentes, así como en elegir de entre sus miembros al jefe de Estado (naturalmente lo inscribo en el contexto de una república parlamentaria en el que la jefatura de Gobierno estaría en manos del partido o de los partidos que obtengan mayoría en la Cámara baja). Los asambleístas (y quien encarne la jefatura estatal) durarían en su encargo un periodo de tiempo predeterminado y fijo, independiente de los tiempos del Parlamento, no tendrían posibilidad de reelección y por tanto de profesionalización, lo cual daría a sus integrantes la posibilidad de resistir —este sería el mayor desafío— los intentos de cooptación por parte tanto de la partidocracia como del gran capital.

Menciono solo un par de rendijas más o menos obvias por donde puede colarse un nuevo orden de cosas. Se requerirán transformaciones más ambiciosas, porque estas serían insuficientes para los segmentos sociales impacientes con un *establishment* que excluye a todo aquel que no adquiere su membresía y con un modelo económico que amplía el abismo de la desigualdad. Hay que reiterarlo: la indignación viene de dos exclusiones, la

de la representación democrática y la de la riqueza económica, ligadas por cortesía del fundamentalismo neoliberal. Esta doble marginación la deploran los liberales políticos pero la ignoran o subestiman los liberales económicos, quienes piensan que tanto el mercado como la libertad individual han de ser irrefrenables[57]. No se dan cuenta de que su famosa mano invisible —si se me perdona el símil— padece del mal de Parkinson no solamente en el ámbito de la economía, sino también en el de la política. Pero ese (des)orden no devendrá en un cambio del sistema económico y político si no hay un proyecto alternativo claro.

He aquí lo más grave: socialistas y socialdemócratas sufren un marasmo intelectual desde la caída del muro de Berlín y sus secuelas. Unos han dedicado su talento a hacer las más brillantes críticas al capitalismo contemporáneo y las menos viables propuestas para un mundo más justo, y otros a justificar o disimular la aceptación del modelo económico de la derecha y buscar refugio en otras agendas. Así, los proyectos que no se conforman con repintar la fachada del edificio neoliberal resultan casuísticos y anacrónicos: una lúcida pertinencia en el diagnóstico da origen a una lerda obsolescencia en la prescripción; un análisis novedoso y demoledor pare una conclusión vieja e inviable. La pérdida de inventiva es comprensible tras la debacle de una teoría del tamaño del marxismo, particularmente cuando su caída se debió al embate de la correlación de fuerzas global, pero es imperativo crear un nuevo sistema de pensamiento.

Talento abunda. En algún lado debe germinar una cuarta socialdemocracia, cuyas raíces precedan a Marx y cuyo follaje vaya mucho más allá de Giddens. Ahí está ya la sugerente tesis de Paul Mason, de acuerdo a la cual las tecnologías de la información están provocando que el capitalismo se rebase a sí mismo y mute, transformando silenciosamente la

economía mediante conductas y valores diferentes generados por el surgimiento de nuevas formas de trabajo y de propiedad, siempre en función del conocimiento[58]. Conviene, sin embargo, resistir la tentación determinista en torno a la perspicaz mirada de Mason, interpretarla proactivamente y asumirla como el inicio de una cruzada por la creatividad para contrarrestar la terca desigualdad en el reparto de la riqueza económica y del poder político. No soslayo la gran importancia de los temas de hoy, por cierto: detener pronto el cambio climático provocado por el hombre, por ejemplo, es una asignatura pendiente y literalmente vital, porque el calentamiento global podría provocar un cataclismo que volvería irrelevantes todas las disquisiciones sobre economía y política (y si bien los jóvenes pueden cantar victoria en la batalla cultural ecológica, la guerra práctica contra la contaminación y la depredación dista mucho de haberse ganado). Pero, afortunadamente, la anticuada cuestión de la desigualdad se está volviendo a poner en boga, y lo peor que podríamos hacer sería soslayarla una vez más.

CONCLUSIONES

La crisis de la izquierda democrática precipitó la crisis de la democracia representativa. Para decirlo con más precisión: el desplazamiento a la derecha y la consecuente pérdida de identidad de la tercera socialdemocracia es una de las causas del alejamiento de los representantes con respecto de los representados. Puesto que las elites empresariales se montaron en la globalización para derechizar a los partidos, y dado que en la mayoría de los países no quedó en la baraja partidista ninguna opción real de poder discrepante del neoliberalismo, se azolvaron los canales institucionales de disidencia y la protesta anegó las calles. El repliegue del Estado de bienestar, la disputa por un capital transnacional volátil que castiga a quienes pretenden redistribuir el ingreso, la desregulación y la desigualdad como palancas económicas, el "riego por goteo" de un modelo económico que enriquece desproporcionadamente a unos cuantos para que la mayoría reciba las sobras de esa riqueza, la subordinación del poder público al dinero y la concomitante corrupción de los políticos, todo conspiró para que las aguas democráticas se salieran de cauce.

Apenas es necesario aclarar que no todos los partidos socialdemócratas están en crisis. Algunos, de hecho, han logrado adaptarse exitosamente al entorno neoliberal y obtener importantes triunfos electorales, y seguramente

ellos y otros más pueden por el momento cosechar poder sin transitar a una cuarta socialdemocracia como la que apunto en el capítulo anterior. La gran encrucijada está más adelante, y la pregunta es otra: ¿puede la socialdemocracia salvar a la democracia? La refundación socialdemócrata es, en este sentido, un imperativo de doble supervivencia a largo plazo. Deposito en ella mi esperanza porque es desde su posible reposicionamiento panorámico donde veo el germen de redención de lo que fue la izquierda democrática.

Ahora bien, la incapacidad de la democracia de procesar la demanda justiciera y la reacción antisistémica de la sociedad nos reveló un horizonte desconocido. Como apunté en la Introducción, el ideal de la justicia social nació de una indignación, y esa pasión igualitaria ha obnubilado a la izquierda varias veces a lo largo de su historia, desde el socialismo utópico hasta la primera socialdemocracia. Incluyo en esa caracterización a Karl Marx, el hombre que contribuyó a mejorar las condiciones de vida de millones de personas. Su portentoso sistema contiene una contradicción propiciada por su objetivo de cambiar el mundo: junto a su sustrato científico, riguroso, coexiste un discurso persuasivo, leve, entendiblemente propagandístico, que apela a las fibras sensibles de la gente. El pensador se magnetiza cuando deviene en profeta, pero pierde credibilidad cuando los hechos muestran que ha dejado de lado la realidad en aras ni más ni menos que de una quimera malhadada. Veamos.

Quizá la corriente más longeva del pensamiento occidental es el progresismo unilineal. En diversas versiones y con diferentes fines, la idea ha sido esencialmente la misma: la humanidad avanza de un estado de barbarie, superchería y pobreza a otro de civilización, ciencia y bienestar, y lo hace siguiendo una línea más o menos recta y ascendente. Esta fiel dama de compañía de la intelectualidad europea, cuya primera trayectoria puede

trazarse de Protágoras a Condorcet, parte de la premisa de que hay un plan en la historia cuya clave de desenvolvimiento ha de ser descifrada. Dos de sus expresiones, el positivismo de Comte y en mayor medida el evolucionismo de Spencer, legitimaron la dominación de los imperios decimonónicos: si solo había una ruta hacia el progreso que todos los pueblos habían de recorrer, entonces era posible medir a todos con la misma vara y disfrazar la explotación colonizadora de rescate civilizatorio. Es verdad, el marxismo hizo lo contrario —desnudó la lucha de clases y deslegitimó al capitalismo y al imperialismo—, pero en su optimismo sobre la capacidad del ser humano para mejorar sus condiciones sociales y, ante todo, en su desdén por la espontaneidad histórica y por el progreso plurilineal es igualmente determinista[59].

Nada de irracional hay en prometer un paraíso terrenal como recompensa a la devoción y a la entrega revolucionaria. La trampa del apasionamiento redentor y del irrealismo profético se descubre en el momento en que la tierra prometida se desvirtúa en la praxis. La pulsión renuente de Marx a formular un sistema político o pospolítico para lidiar con el antes o el después de la desaparición del Estado, así como para desarrollar el modelo económico concreto para regir a su sociedad sin clases, dejó vacíos que fueron llenados con el mayor apego posible a su doctrina. La única maqueta del régimen socialista fue la que elaboró Lenin, cuyas contrahechuras brotaron al sumergirla en el ácido de la realidad y cuyas monstruosidades potenció Stalin. Después de ver semejante averno es difícil recobrar la expectativa racional de que en el marxismo está la fuente de la sublimación humana. Queda, eso sí, una religación emotiva y a menudo teológica al Maestro. Y frente ella sucumben algunos socialistas que lo eximen de errores que atribuyen siempre a sus discípulos, aun cuando esos discípulos hayan sido

sus puntillosos y perspicaces exégetas. Por eso, porque son muy pocos los que se libran de la tentación sacralizadora, recurro aquí a las luces de Eric Hobsbawm, quien pese a su proverbial admiración por Marx reconoce tanto los "espacios en blanco" que dejó como la desconexión entre su diagnóstico y su prescripción, si bien enfatiza la aversión marxista por el dualismo maniqueo y por la elaboración de "manuales" de acción[60].

¿No hay un binarismo tan maniqueo como paradójico en una obra tan compleja como el marxismo? Cierto, deja en libertad a sus seguidores para discernir desde los grandes trazos hasta los detalles de la aplicación de su teoría, pero se reserva el derecho a descalificar tajantemente a quien se aleje de sus dogmas, varios de los cuales son binarios: aunque desmenuza con minuciosidad un sinfín de sutilezas, hay una disyuntiva ineluctable entre dos clases esenciales, como la hay entre capitalismo y socialismo en función de la variable de la propiedad de los medios de producción. El centro no existe. En su visión de la dialéctica hegeliana, la síntesis es una fugaz, etérea e irrelevante escala que solo adquiere sentido al trocar en una nueva tesis que a su vez genera otra antítesis. La principal herejía bernsteiniana emanó precisamente de sugerir que hay un plano intermedio donde pueden conciliarse liberalismo y socialismo y pueden coexistir las modalidades pública, social e incluso privada de la propiedad[61].

Pero al mismo Bernstein le costó un enorme trabajo emanciparse de Marx. Y eso les ocurrió a los líderes de la segunda socialdemocracia aun durante su apoteosis, cuando a mediados del siglo XX lograron construir ni más ni menos que un capitalismo igualitario, y en pleno siglo XXI lo mismo les sucede a muchos socialistas. Es la fuerza emotiva, pasional, cuasi religiosa del marxismo. Por eso pienso que más que retomar la herencia revisionista, es menester fundar una nueva síntesis social-libertaria, una que nazca sin

atavismos ni ataduras, y por eso pienso que una cuarta socialdemocracia debería ser en realidad el primer paso a una suerte de "isocratismo"[62]. No se trata de olvidar a Marx —sería una estulticia desperdiciar su sabiduría— sino de repensarlo como se repiensa a Rousseau o a otros grandes enriquecedores de las ciencias sociales o incluso a los defenestrados socialistas utópicos, sin que ninguna fidelidad militante maniate la imaginación y la creatividad. Si lo único que define al capitalismo es la existencia del mercado, Estados Unidos es hoy equiparable a lo que fue Suecia en los pasados años cincuenta. Pero yo pregunto, ¿no hay una distancia similar entre el modelo socioeconómico sueco y el socialista de la República Democrática de Alemania? ¿Es válido decir que el neoliberalismo actual y el Estado de bienestar socialdemócrata caben en el mismo cajón conceptual porque los dos son capitalistas?

Vamos ahora al otro polo. El justo medio es necesario cuando los extremos son viciosos, y lo son tanto la supresión como la exacerbación de lo individual. ¿Cómo admitir un sistema que privilegia la propulsión egoísta? La tesis de que la suma de los egoísmos individuales da como resultado el bienestar colectivo me parece, por decirlo amablemente, una invocación al realismo mágico. El egoísmo es un gran motivador del esfuerzo del individuo, pero es un pésimo armonizador del progreso social. Si una sociedad llega a prosperar con todos sus miembros es por la intervención de un orden colectivo diseñado primordialmente para frenar los excesos de individualismo. Ignoro en qué consiste la naturaleza humana —entre la antigua concepción socrática del término y los más recientes estudios genéticos y sociobiológicos hay una variadísima sucesión de posturas al respecto—, pero parecería razonable asumir que las personas como sujetos tienden a actuar subjetivamente. De hecho, la democracia es en ese sentido

contraintuitiva —como lo son las mejores invenciones sociales—, porque nos obliga a tomar en cuenta la voluntad ajena y a respetar las decisiones mayoritarias aun cuando nos perjudican. Si un papel ha de jugar el proceso de aculturación, pues, no es el de exacerbar la individualidad, sino el de incentivar y enseñar al individuo a convivir armónicamente con los demás con base en la corresponsabilidad.

Con todo, en el fondo ese subjetivismo innato es una suposición. No deja de ser sugestivo que un biólogo evolucionista como David Sloan Wilson nos recuerde, en este orden de ideas, que las ciencias sociales están plagadas de interpretaciones de las mentes de nuestros ancestros. "Rousseau imaginó un salvaje noble corrompido por la sociedad. Hobbes imaginó un salvaje brutal que debe ser domado por la sociedad. Freud imaginó un salvaje culpable cuyo acto parricida de algún modo quedó incrustado en la memoria racial. Los economistas imaginan un salvaje egoísta, a veces denominado *homo economicus*, que se vuelve civilizado solamente apelando a su propio interés. Vale preguntarse por qué estos mitos originarios son necesarios si no tienen más fundamento en los hechos que el jardín del Edén."[63] Todo sistema de creencias, científico o religioso, requiere un punto de partida, una referencia simbólica que lo sustente. Y si bien es difícil capturar en un parámetro algo que evoluciona constantemente, el más socorrido en la modernidad es el del egoísmo.

Pero en aras de la argumentación supongamos que el ser humano es intrínsecamente egoísta y releamos a su más genial exponente, Friedrich Nietzsche. Su teorización del individualismo es la más sofisticadamente descarnada que conozco y, por ello, es la mejor para probar una tesis distinta. Para él, cabe precisar, no nos mueve el lucro capitalista ni la felicidad utilitaria, sino la voluntad de poder, que es "la forma primitiva de la pasión"

y "la naturaleza íntima del ser". Discrepa de Spinoza en que el ser tiende a conservarse y sostiene que quiere ser más: no se conforma con obtener poder, sino que busca siempre aumentarlo. Según Nietzsche, "el egoísmo agresivo y defensivo no son cosas de elección o de 'libre voluntad', sino la 'fatalidad' de la vida misma", la moral es desarrollada por los débiles o "no desarrollados" a modo de defensa, y las comunidades muestran mejor que los individuos la esencia del hombre porque desinhiben sus instintos. En suma: "Se quiere la libertad mientras no se tiene todavía el poder. Cuando se alcanza el poder, se desea el predominio, pero cuando este no se consigue (porque tal vez se sea demasiado débil para alcanzarlo), se quiere la 'justicia'; esto es: un poder igual"[64].

Bueno. Si los fuertes pugnan por el poder, y si la moral es la protección de los débiles, bienvenida sea la moral entendida como freno al sometimiento. Un freno, por cierto, que no funciona a base de sermones o de textos escolares, sino mediante la creación de las normas aplicables de convivencia social que hagan mayor el costo que el beneficio del abuso. He aquí el problema del fundamentalismo neoliberal: disocia por completo la economía de la ética al sustentarse en un velado darwinismo económico que se tapa los ojos con su mano invisible y finge no ver que, en ausencia de bridas, produce el hundimiento de los presuntamente menos aptos. Y es que el capitalismo no dice perseguir un mundo regido por la "bestia rubia" nietzschiana; pregona buscar el bienestar de todos con el esfuerzo de cada uno. Si es así, el capitalismo debe ser bien embridado por el Estado. A menos que lo que se quiera sea en el mejor de los casos el sufrimiento temporal —mientras las leyes del mercado se toman su tiempo para equilibrar oferta y demanda y bajar el desempleo o aumentar el salario— o la desgracia permanente de las mayorías, en cuyo caso hay que decirlo con todas sus letras para que la gente

norme su criterio. Que se pongan las cartas sobre la mesa: ¿se persigue el "predominio" de unos cuantos o un "poder igual"?

Permítaseme ir un poco más allá en una digresión cuya pertinencia se verá más adelante. Veo dos impulsos contrapuntuales en el ser humano: el instinto gregario y el afán diferenciador. Uno nos mueve a confundirnos y otro a distinguirnos. Ambos se resuelven en las identidades colectivas, las que nos juntan y nos separan, nos protegen y nos confrontan. La nación, por ejemplo, satisfizo esos impulsos a un alto nivel de agregación y de ahí derivó su gran poder cohesionador y movilizador. Nos hizo sentirnos parte de algo que nos defiende en el espacio y nos trasciende en el tiempo, pero que también nos diferencia de otras nacionalidades, todo ello en una dimensión de alguna manera equidistante entre el individuo y la raza humana. Enhorabuena por la superación de jingoísmos, expansionismos o separatismos violentos y demás degeneraciones nacionalistas; pero hacer desaparecer el Estado-nación o al Estado plurinacional en aras de un gran orden global nos apremiaría a encontrar con qué satisfacer esa necesidad identitaria "intermedia". Supongo que la alternativa sería reducir la magnitud de las comunidades como unidades de cohesión y regresar a la ciudad-Estado o incluso a algo de menores dimensiones.

Esto es lo que sugiere cierto multiculturalismo que, de hecho, es un nacionalismo a menor escala. En este caso, el reto sería solucionar el dilema universalismo axiológico versus particularismo cultural, que tiene sus raíces en el racionalismo francés y el romanticismo alemán y que se manifiesta hoy en torno a la incompatibilidad de los derechos humanos y algunos usos y costumbres. No comparto la crítica de Giovanni Sartori a la inmigración en Europa, pero coincido con su visión de que "cuanto más se debilita la 'comunidad nacional', tanto más debemos buscar o reencontrar una

comunidad. O dicho de otra manera: cada vez que una superestructura (la nación, el imperio u otra) se disgrega, nos volvemos inevitablemente a la infraestructura primordial que los griegos llamaban *koinonía* y reaparece la necesidad de reencontrar una *Gemeinschaft*, un vínculo que sentimos y que […] nos une"[65].

No es irrelevante discutir la nación de cara a la imposición de un modelo económico globalizante. La ciencia política se ha desarrollado en función de los moldes del Estado moderno, y si la tesis de un gobierno internacional está en pañales, la de una democracia global ni siquiera ha nacido. Es evidente que el mayor obstáculo al cambio del modelo económico es la amenaza de desinversión del gran capital transnacional enderezado contra los gobiernos que intentan sistemas fiscales progresivos, y que urge hacer algo al respecto. Atención: el neoliberalismo intranacional está sobrerregulado si lo comparamos con el *laissez faire* que rige los flujos internacionales de capital. Acaso la salida de este callejón esté en la propuesta de Ulrich Beck de un "nacionalismo cosmopolita" y, a partir de ahí, de un cosmopolitismo que despegue "rumbo a las esferas de la utopía". Conceptualmente, al menos, ese parece ser el camino[66]. La desigualdad —entre países y entre personas— no podrá contrarrestarse mientras la economía globalizada dé patente de corso a esas enormes corporaciones y avale este casino mundial en la que las trampas de "la casa" y las malas apuestas de los jugadores de las salas VIP hacen quebrar a quienes juegan en otros países a las maquinitas tragamonedas e incluso a quienes ni siquiera son apostadores.

El tamaño importa. El tamaño de los estados, el tamaño de las empresas y, en general, el tamaño del poder. Aquí emerge el sempiterno enigma de la motivación. El capitalismo esgrime al mercado como la mejor y la más eficiente fábrica de riqueza porque asume la codicia egoísta como turbina

económica —esto es, dicho sea de paso, lo que la izquierda no ha encontrado: un aliciente alternativo para innovar y generar abundancia—. Y el neoliberalismo extrapola el argumento: la codicia es la gran motivadora, la fuerza que hace que los individuos trabajen más y mejor, se vuelvan más ricos y derramen algo de riqueza en su entorno. Según esta visión la desigualdad no solo es indispensable: es digna de maximización, como la intervención estatal ha de ser objeto de minimización. Gigantes corporativos y estados enanos es el ideal de la globalización salvaje. El esfuerzo y la inventiva de los emprendedores se desalienta en la medida en que una entidad burocrática externa les quita una parte de su dinero para atender la cosa pública o, peor aún, para dárselo directamente a otros que se supone que no se lo han ganado. Mientras menos regulación y menos impuestos existan, más incentivos habrá para emprender, acumular capital, arriesgarlo en inversiones, crear empleos. Y no solo es la dinámica económica la que lleva a la búsqueda de nuevos mercados; también hay un ingrediente cultural: un negocio que no se amplía y se ensancha y de preferencia desplaza a sus competidores es un fracaso (la prueba de que es cultural se da en burgos, donde el comportamiento de los comerciantes refuta las leyes del mercado: si la demanda sube el precio de su producto, ellos, en lugar de aumentar la oferta, cierran la tienda más temprano, en cuanto completan su ingreso necesario). No se acepta el hecho de que la viabilidad empresarial en la era global no solo puede darse en la fusión, sino también en la articulación. Es el frenesí de expansión infinita de poder del que habla Nietzsche, manifestado en la voracidad del enriquecimiento.

Quienes piden que se borren las fronteras de los estados y que el mundo sea una auténtica aldea global o, mejor dicho, una confederación de aldeas globalizadas, no han dicho cómo encararían esas entidades a la firma

multinacional. Sí, probablemente la agenda política interna se vería mejor servida en ese contexto, porque es más fácil tener una democracia sana dentro de un pequeño poblado que dentro de un país, pero si el poderío del capital globalizado puede poner de rodillas a las potencias nacionales europeas, simplemente avasallaría a esas minientidades. A menos, claro, que el cambio fuera total y que todo encogiera. O por el contrario, que se ideara un mecanismo de vinculación internacional mediante el cual se pudiera limitar la desinversión a fuer de chantaje de la corporación multinacional. Pero en todo caso no me parece que la solución sea decrecer la economía, sino mesurar, equilibrar, crear incentivos para que a todos convenga la isocracia: que nadie sea tan poderoso que pueda sojuzgar a otros y que nadie sea tan débil que tenga que someterse para sobrevivir[67].

Aquí vuelven a confluir lo económico y lo político. El número de personas que dirige la economía global es ínfimo, y el de los ciudadanos que sienten que su voto no incide en el rumbo de su país es cada día más grande. Son las dos caras de la moneda de la desigualdad. El dinero y el poder público están concentrados en poquísimas manos, y esas manos están fuertemente entrelazadas unas con otras. Lo reitero: se combinan dos tendencias, una al alza y otra a la baja; la educación, la politización, la interconexión y las expectativas de las sociedades se potencian mientras que la gama de decisiones que esas sociedades pueden tomar sobre su modelo económico o su entramado político se estrecha. En tal situación no puede esperarse de la ciudadanía otra cosa que una creciente inconformidad, activa o pasiva, frente a las cúpulas decisorias. A diferencia de hace cuarenta o cincuenta años, ya no resulta viable optar democráticamente por reducir las brechas sociales. Es la paradoja de la sociedad abierta popperiana, que ha resultado bastante cerrada: contra lo que generalmente se cree, la era democrática es

considerablemente antidemocrática, y en términos de la libertad del electorado para diseñar su proyecto social, la apertura ha devenido en una cerrazón que no existía antes del triunfo liberal. En pleno cenit del liberalismo vivimos una democracia muy acotada. La proliferación de alternativas acontece en la esfera del consumo; en lo socioeconómico y en lo sociopolítico la obra se considera terminada y ya no se aceptan cambios.

Hay un hecho que ilustra elocuentemente la proclividad plutocrática imperante: la preocupación de los gobernantes por las bolsas de valores. Dow Jones, NASDAQ y los demás índices bursátiles, cuyas fluctuaciones dependen de la percepción de unos cuantos inversionistas sobre el entorno de las economías, son más cuidadosa y sistemáticamente monitoreados por los gobiernos que las encuestas sobre la percepción de los miles de millones de habitantes de este planeta que no compran y venden acciones. De hecho, no se ha inventado ningún indicador que mida cotidianamente la confianza o la desconfianza popular. A contrapelo de la masificación informativa que Internet ha provocado, en franco desdén por la democratización de un conocimiento que antes era reservado a las elites intelectuales, se trata a las mayorías como menores de edad, incapacitadas para discernir lo que les conviene: el neoliberalismo no está sujeto a discusión. Solo los iniciados —los economistas y políticos certificados ideológicamente— tienen autorización para hacerle retoques minúsculos al modelo económico y al nuevo Estado guardián.

La contradicción es vieja, pero las circunstancias son asaz novedosas. Si bien desde el siglo pasado se sabe que liberalizar la economía dentro del autoritarismo mete presión al régimen, lo que está ocurriendo hoy es otra cosa: hay una mayor liberalización económica que se ejecuta dentro de una solapada e ingeniosa cerrazón política, manifestada en la redistribución de

una modalidad de conocimiento y la concentración de otro. Me explico. Hoy nos dan y nos quitan información; nos regalan un aluvión de datos y nos roban otros tantos. Abundan las noticias sobre el *Big Brother* posmoderno que la tecnología ha creado y que pone al usuario de la red en un estado de indefensión frente a agencias gubernamentales de espionaje en connivencia con empresas digitales. Ya se ha documentado incluso una especie de malversación de ADN[68]. Es decir, el ciudadano más informado de la historia es también el más ignorante. El acceso irrestricto a una gigantesca cantidad de información contrasta con la captación y la restricción de la información privilegiada.

¿Qué se puede hacer ante el engañoso empoderamiento de individuos y sociedades que también están siendo desempoderados? En primer término, hay que comprender el fenómeno en su más amplia connotación: el poder es la capacidad para lograr lo que se desea. A veces esto solo involucra a quien lo detenta —posee algún tipo de poder alguien que gracias a su preparación y a su condición física satisface por sí solo su deseo de llegar a la cumbre de una gran montaña, v. gr.— y por lo general implica conseguir que otras personas hagan lo que queremos. Bajo esta definición sí puede considerarse la voluntad de poder como el motor de todos los seres humanos, lo mismo de los que quieren mandar que de los que buscan amor o logros o reconocimiento o incluso autodestrucción. La cuestión es qué nos hace desear lo que deseamos. Dudo mucho que la volición insaciable de dominar a los demás sea universal —ha sido en la historia, en todo caso, la pulsión de una minoría de tiranos o autócratas— pero estoy seguro de que aquellos en quienes el poder se expresa de esa manera son presa de una ambición ilimitada. Los magnates empresariales, los jefes de gobierno, los comandantes militares o los jerarcas religiosos son muy poderosos y suelen querer serlo

más.

En segundo lugar, hay que tomar una postura sobre la forma en que se desea vivir comunitariamente. Es imposible hacerlo sin moral, así sea la moral del "inmoralista" nietzschiano, y no solo a los débiles sino también a los fuertes conviene fijar las mojoneras del poder porque cualquiera puede ser víctima del infortunio y porque sin ellas nadie puede vivir en paz. El velo de ignorancia rawlsiano sigue siendo pertinente[69]. Si somos legión quienes creemos que un mundo individualista e insolidario es tan indigno de habitarse como otro colectivista y antilibertario, debemos entender que para conjugar libertad y justicia es indispensable evitar que el poder se acumule y procurar que se reparta lo más que se pueda. No digo nada nuevo, ciertamente. Lo inédito sería negarnos a escoger tan solo algún matiz del modelo neoliberal o algún *aggiornamento* del modelo marxista. Para promover la productividad y el libre albedrío, Smith sentó las bases del libertinaje económico, porque prefiguró la mayor desigualdad de los salarios que de las utilidades; para impedir la injusticia social, Marx dictaminó la abolición de la propiedad privada, porque en su análisis de la plusvalía todo lucro es explotación[70]. Proponiéndose lo contrario, entre ambos terminaron por lastrar a la humanidad. Hoy nos parece que solo podemos ser libres dentro de una cárcel ideológica o que solo podemos ser justos en un sueño atávico y paralizante.

No es el Estado el enemigo de la libertad ni la propiedad la causante del sojuzgamiento. La raíz de los males del individuo y de la sociedad es el afán de dominio excesivo, y ni dominar a los demás ni excederse es inherente a un sistema económico u otro: es una tentación humana que se da con déspotas públicos o con propietarios privados. El desafío es fragmentar y distribuir la capacidad de mandar sobre los demás y crear las condiciones para que sea

inconveniente volver a concentrarla. En un libro que se convirtió en un fenómeno editorial, Moisés Naím dice que el poder se está degradando, pero yo pienso que solo se está volviendo más vulnerable. Concretamente, no es que las corporaciones transnacionales estén siendo sustituidas por otras menos grandes; en todo caso, lo que ocurre es que está resultando menos difícil que competidores más chicos crezcan a golpes de innovación, les ganen la partida y tomen su lugar en el reino de los gigantes. Lo que hay, pues, es una mayor rotación en la dominancia, no un cambio en las reglas del juego ni en las dimensiones del poder. Más que la metáfora de Gulliver a la que alude Naím, yo recurriría a la de un David que al derrotar a Goliat se convierte en un grandullón tan abusivo como lo era su rival[71].

Veo dos planteamientos frente a la pregunta de cómo contrarrestar la desigualdad social y resolver la crisis democrática: 1) la respuesta coyuntural y de mediano plazo, que es la que traté de esbozar en el capítulo 5: la política desequilibró a la economía con la privatización y la desregulación y luego la economía desequilibró a la política con la fuerza del gran capital global. Por eso lo primero ha de ser la forja de una cuarta socialdemocracia, un proyecto de reforma del poder que detone la segunda domesticación del capitalismo. Esto puede intentarse a través de una nueva oferta política y económica, quizá con puntos como los que pergeñé antes; 2) la respuesta estructural y de largo aliento: si el poder de la base no puede ampliarse suficientemente, el del vértice tiene que limitarse. Y en este sentido, en vez de diseñar un edificio para el que tendría que invocar muchas mentes y disciplinas, prefiero señalar sus especificaciones: la distancia entre piso y techo de bienestar individual no podría ser mayor a la profundidad de los cimientos de cohesión social, y por ello solo en la medida en que se profundizara esta construcción podría elevarse.

En esta segunda respuesta —una utopía que a mi juicio vale la pena perseguir— me refiero a un nuevo proyecto civilizatorio, a una civilización poscapitalista e isocrática. Vivimos tiempos de inequidad, exceso y desmesura. Habitamos el reino del capitalismo en su versión más cruda, caracterizada por la eclosión de una enorme riqueza que se vierte en fortunas desorbitadas y miserias subyacentes, por la destrucción creadora que trueca en creación destructiva, por la elección en el consumismo y la resignación ante la injusticia. Estamos envueltos en una cosmovisión faraónica, esperanzados por hitos tecnológicos y comunicaciones ilimitadas, sumidos en una competencia galopante y excluyente que se extiende más allá de nuestra vida profesional, daña nuestra vida personal y familiar y nos arrastra en una carrera desbocada por el control de la voluntad ajena. Presenciamos el triunfo contradictorio del pluralismo en el pensamiento hegemónico, del fin de las ideologías en la entronización de una de ellas, del futurismo anclado en el presente. Estamos, en suma, en el desenfreno de suma cero, embelesados ante la vorágine de elites que se desgañitan para saltar muy alto y caer en donde estaban antes de saltar.

Tenemos que dejar atrás el misoneísmo que se esconde tras la fachada de un vertiginoso avance tecnológico condicionado por el inmovilismo ideológico. Necesitamos abrazar de una vez por todas un auténtico filoneísmo, una querencia por la creación y la originalidad en la ciencia y la tecnología, en la cultura, en toda forma de conocimiento, que sirva para moldear sociedades cada vez más libres y justas. Y para ello nos hace falta una nueva sensibilidad y un nuevo entendimiento del poder, de la ambición y de la competitividad. No se trata de ensimismarnos ni de reemplazar el anhelo de grandeza con el de medianía ni de quedarnos en la cooperación altruista; se trata de desear otras cosas, de ambicionar otro progreso y de competir en la

búsqueda de otros caminos. Deben quedarnos claros tres puntos: 1) que no hay un plan en la historia y el futuro no solo existe, sino que es inventable; 2) que ese futuro puede cifrarse en el ensanchamiento del egoísmo mediante la ampliación del yo social que trueca heterogeneidad en heterofilia, es decir, en superar la disyuntiva entre individuo y sociedad mediante el asidero de la otredad; 3) que si ambicionamos dominarnos a nosotros mismos y beneficiar a un cada vez mayor círculo de afiliación, y si competimos en un juego en que nadie gane ni pierda todo, podemos crecer juntos.

Vuelvo a Wilson: "El control social, más que un altruismo altamente autosacrificial, parece resolver el problema fundamental de la vida social al nivel individual". La conducta altruista es voluntaria por definición, y lo que hay que procurar es organizar a la sociedad de manera que se induzca al individuo a comportarse con desprendimiento. Se trata de crear un sistema de incentivos que fomenten un "altruismo de bajo costo" que luego se "amplifique". Y es que las colectividades bien estructuradas y adecuadamente normadas favorecen ese comportamiento[72]. La clave, pues, está en diseñar la coexistencia sociopolítica de modo tal que se aliente esa faceta humana y se acote el egoísmo, lo cual implica exactamente lo contrario de lo que manda el pensamiento hegemónico contemporáneo.

No hablo, pues, de buscar un paraíso perdido, sino de acercarnos a un mundo que nunca ha existido y que podría ser realizable si se redistribuye el poder entre todos para que los conflictos humanos adquieran un nivel manejable en una democracia de amplio espectro. No preconizo el advenimiento de una era idílica que brotaría mágicamente del alma humana; aludo a una serie de transformaciones profundas en las instituciones políticas, económicas y sociales, de una metamorfosis guiada no por la obsesión de una igualdad imposible e indeseable, sino por el paradigma de la

igualdad justa dentro de la diferencia fecunda. No exhorto a la autocontención, sino a la búsqueda de un sistema de incentivos para castigar el predominio y premiar una competencia limitada y redistributiva en la que el enemigo a vencer sea el ego en su mínima y excluyente expresión. Llamo, en síntesis, a idear una manera de encauzar la voluntad de poder al ascenso compartido. Solo así podremos salir de la hemiplejia democrática, devolver la salud y el movimiento al cuerpo social y desarrollar cabal y armónicamente el potencial humano.

En estos tiempos suena anacrónico discutir el tema de la igualdad. Pocos economistas y políticos cuestionan el neoliberalismo; prácticamente todos los estados han desregulado sus economías y participan en esa especie de subasta global en reversa para ofrecer menores tasas fiscales y toda clase de facilidades a la corporación multinacional. Pero hace muy poco tiempo las cosas eran diferentes. Claro, además de la amenaza soviética se necesitaron nada menos que una devastadora crisis económica y dos conflagraciones bélicas de destrucciones planetarias para que el gran capital aceptara una considerable intervención estatal y esquemas tributarios onerosos sin dejar de invertir. Obviamente, la Gran Depresión y las dos guerras mundiales no pueden compararse con la Gran Recesión y la surgente rebeldía social del siglo XXI, cuyos efectos no han llegado a ser lo suficientemente graves como para sensibilizar a las elites que manejan la economía global. Salvo sus miembros más visionarios, los demás no aprecian el potencial de las corrientes subterráneas de enojo social ni calibran el impacto que podría tener su irrupción mayoritaria en la orografía política.

Es comprensible. El sistema económico que representan ha traído beneficios a un buen número de clasemedieros que antes eran pobres, y parecen suficientes para sostener el statu quo. Sabemos, además, que quienes

viven en pobreza extrema no inician las subversiones porque tienen que dedicar todas sus energías a sobrevivir, y que indignados y ocupas y muchos otros movimientos no son todavía bastante fuertes para poner en peligro su hegemonía. Pero el camino a la violencia está pavimentado con cemento cortoplacista. La historia nos enseña que, más que la audacia de los revolucionarios, es la mezquindad de los conservadores la que detona las revoluciones, violentas o no. Y me temo que, desgraciadamente, dada la mentalidad que predomina entre los favorecidos por el actual estado de cosas, poco cambiará mientras sigan creyendo que es imposible que los desfavorecidos infrinjan un daño inaceptable a sus intereses.

El combate a la desigualdad es ante todo un imperativo moral pero —aunque con frecuencia por sabido se calla— también es un antídoto contra sociedades inestables. Por eso la pregunta tiene que ver con un análisis de costo-beneficio: ¿cuánto vale para los más privilegiados un mundo estable? Porque es un hecho que en la ciudadanía se suman información y exigencia más desamparo e impotencia —las redes protectoras tienen hoyos cada vez más grandes y en la democracia hay resquicios decisorios cada vez más pequeños—, y esa suma no puede dar como resultado una paz social duradera. No sabemos hasta dónde van a llegar las protestas en el primer mundo ni la guerrilla o el terrorismo en muchas regiones del planeta, pero parece razonable asumir que es altamente probable la persistencia de algún grado de turbulencia provocada por desigualdades de toda estofa. Por lo demás, dejar atrás el modelo neoliberal presupone un cambio menor al que se daría si la próxima crisis económica da suficiente apoyo social a quienes siguen creyendo que la violencia es la partera de la historia. En semejantes circunstancias, la segunda y acaso definitiva muerte de la democracia daría paso a un estado de cosas impredecible e incontrolable.

El hombre ha sido lobo de otros hombres porque ha sido lobo de sí mismo. Acumular poder de cualquier índole con el fin de sojuzgar a los demás no es la ambición natural del ser humano: es su enfermedad. Existen otras manifestaciones de la voluntad de poder, ciertamente más sanas, y no las hemos explorado con seriedad y sensatez. Como politólogo, me preocupa hoy estudiar no la consecución o el ejercicio del poder, sino su fragmentación. Tengo claro el imperativo de establecer a mediano plazo un contrapeso institucional que separe el poder económico del poder político y la urgencia de ampliar la democracia, superar el neoliberalismo y reinventar el Estado de bienestar, y sostengo que a largo plazo hay que romper paradigmas y concebir una nueva civilización, aunque ahora nos parezca impensable. Plantear, por ejemplo, que la competencia como la conocemos ahora —una competencia económica sustentada en el *laissez faire* que no evita sino que propicia monopolios y una competencia humana que tiende a quebrar familias y sociedades— deje de verse como un demiurgo vital, que no se compita para concentrar el poder, sino para esparcirlo, es un disparate en más de un sentido: es disparar al aire para que la detonación prevenga a los involucrados.

Lo peor que puede ocurrirle a una verdad es volverse un lugar común. La travesía rumbo a la obviedad empieza en el rechazo y termina en la irrelevancia o, peor aún, en el dogma. La realidad suele navegar penosamente contra la corriente, y rara vez su llegada a puerto es digna de celebración. Las ideas que quedan cautivas en su propia veracidad pierden visibilidad o, mejor dicho, pertinencia: si repetir una mentira mil veces la hace creíble, reiterar una verdad hasta la saciedad la evapora. La cárcel se convierte en fortaleza que impide evaluar salvedades o limitaciones. Decir que las sociedades son cada día más desiguales, que los poderosos acaparan el

mando, que la ciudadanía rechaza la intermediación, que los partidos actuales son incapaces de representarla y que todo ello está mal se ha convertido en una perogrullada, y eso lastra la búsqueda de soluciones. Mientras tanto, la humanidad está ahí, esperando que alguien le ofrezca un planteamiento original, una idea fuerza que capture su imaginación, renueve su fe en el futuro y le motive a enderezar esta aldea global cuya vocación parece ser la de un globo aldeano. Hay momentos en la historia en que la cordura y la audacia se vuelven sinónimos y en los que regatear el cambio es, simple y llanamente, ignorar el signo de los tiempos. Estoy persuadido de que este es uno de ellos.

BIBLIOGRAFÍA

ACHA, Omar y D'ANTONIO, Débora (2013): "Cartografía y perspectivas del marxismo latinoamericano", en Carlos Aguirre (edición e introducción), *Militantes, intelectuales y revolucionarios-Ensayos sobre marxismo en América Latina*, Ed. A. Contracorriente, Raleigh-NC-EUA.

ANHEIER, Helmut; KALDOR, Mary y GLASIUS, Marlies (2012): "The Global Civil Society Yearbook: Lessons and Insights 2001-2011", en el anuario de Mary Kaldor, Henrietta L. Moore y Sabine Selchow, *Global Civil Society 2012-Ten Years of Critical Reflection,* Palgrave-MacMillan, Nueva York.

BARTRA, Roger (1993): *Oficio mexicano*, Grijalbo, México.

BASAVE, Agustín (1990): "La esperanza de matar a la historia", *Cuadernos de Nexos,* marzo, México.

— (2007): Prólogo a *¿Qué izquierda para México? Memorias del Primer Foro del Consejo Consultivo del Frente Amplio,* México.

— (2008): "Las fronteras del multiculturalismo: universalismo axiológico y particularismo nacional", en P. A. González Ulloa (coord.), *El Multiculturalismo: una visión inacabada, desde la reflexión teórica hasta los casos específicos*, Plaza y Janés, México.

— (2010): "Bernstein y el chip marxista", *Nexos,* núm. 391, julio, México.

— (2011): "¿Qué izquierda para México?", *La Zurda,* núm. 1, septiembre, México.

— (2013): "Del 11-MM al #YoSoy132: crónica de un movimiento denunciado", en Joseba Buj (coord.), *Universidad desbordada: jóvenes, educación superior y política*, Universidad Ibero, México.

BECK, Ulrich (2005): *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, Paidós, Barcelona.

BERGSTRÖM, Villy (1992): "Party Program and Economic Policy: The Social Democrats in Government", en Misgeld, Klaus, Molin, Karl y Amark, Klas, *Creating Social Democracy: A Century of the Social Democratic Labor Party in Sweden*, The

Pennsylvania State University Press, University Park.

Berlin, Isaiah (1999): *The roots of Romanticism,* Princeton University Press, Princeton.

Bernstein, Eduard (2004): *The preconditions of socialism,* Cambridge University Press, Cambridge.

Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo (1986): *Dependencia y desarrollo en América Latina*, S. XXI, México.

Casal, Juan Manuel (1992): *Mariátegui: el socialismo indoamericano,* Ed. Montevideo Proyección, Montevideo.

Castañeda, Jorge (1993): *La utopía desarmada: intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina,* Joaquín Mortiz, México.

Castro, Faniel (ed.) (2006): *Revolution and Revolutionaries-Guerrilla Movements in Latin America,* SR Books/Roman and Littlefield, Maryland.

Cole, G. D. H. (1974): *Historia del pensamiento socialista*, vol. V, *Comunismo y Socialdemocracia 1914-1931,* FCE, México.

Crouch, Colin (2008): *Post-Democracy,* Polity Press, Cambridge.

Dunn, John (2005): *Democracy-A History,* Atlantic Monthly Press, Nueva York.

Esping-Andersen, Gosta y Palier, Bruno (2010): *Los tres grandes retos del Estado del bienestar,* Ariel-Planeta, México.

Frankel, Charles (1972): "The idea of progress", *The Encyclopedia of Philosophy*, Macmillan, Nueva York, vol. 5 y 6, pp. 483-487.

García de León, Antonio (pról.) (1994): *EZLN-Documentos y comunicados,* ERA, México.

Gay, Peter (1962): *The dilemma of Democratic Socialism: Eduard Bernstein's Challenge to Marx,* Nueva York.

Giddens, Anthony (1998): *The Third Way-The Renewal of Social Democracy*, Polity Press, Cambridge.

Gitlin, Todd (2012): *Occupy Nation*, itbooks, Nueva York.

Guevara, Ernesto (1979): *El socialismo y el hombre nuevo,* S. XXI, México.

Hobsbawm, Eric (2011): *How to Change the World-Tales of Marx and Marxism,* Little, Brown, Londres.

Judt, Tony (2010): *Ill Fares the Land,* Allen Lane, Londres.

Keynes, John Maynard (2009): *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, Classic Books America, Nueva York.

Latouche, Serge (2009): *Decrecimiento y posdesarrollo-El pensamiento creativo contra la economía del absurdo,* El Viejo Topo, Madrid.

Lechner, Norbert (2014): "Condiciones socioculturales de la transición democrática: a la búsqueda de la comunidad perdida", en Lechner, *Obras III-Democracia y utopía: la tensión permanente*, FCE-FLACSO, México.

LENIN, Vladimir Ilich (2012): *Two tactics of Social-Democracy in the Democratic Revolution*, Forgotten Books/Foreign Languages Publishing House, Moscú.

LOWE, Rodney (2008): *The Welfare State in Britain since 1945*, Palgrave-McMillan, Londres.

LÓPEZ Y RIVAS, Gilberto (2012): "La izquierda latinoamericana a veinte años del derrumbe de la Unión Soviética", en Roberto Regalado, *La izquierda latinoamericana a 2º años del derrumbe de la Unión Soviética*, Ocean Sur, Querétaro.

LUXEMBURG, Rosa (1919): *The Crisis in the German Social-Democracy (The "Junius" Pamphlet),* The Socialist Publication Society, Nueva York; edición facsimilar impresa en 2012 por la Universidad de Cornell.

MARX, Karl (1968): *Crítica a la filosofía del Estado de Hegel*, Grijalbo, México.

— (1982): *El capital-Crítica de la economía política*, FCE, México.

— (2003): *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte,* Alianza Editorial, Madrid.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich (1970): *Manifiesto del partido comunista y otros escritos,* Grijalbo, México.

MASON, Paul (2015): *Postcapitalism-A Guide to Our Future*, Penguin, Londres.

MCCORMICK, John P. (2012): *Machiavellian Democracy*, Cambridge University Press, Nueva York.

MOUFFE, Chantal (2003): *La paradoja democrática*, Gedisa, Barcelona.

MUÑOZ RAMÍREZ, Gloria (coord.) (2011): *#YoSoy132-voces del movimiento*, Ed. Bola de Cristal, México.

NAÍM, Moisés (2014): *El fin del poder-Empresas que se hunden, militares derrotados, papas que renuncian y gobiernos impotentes: cómo el poder ya no es lo que era*, Debate, México.

NIETZSCHE, Friedrich (2011): *La voluntad de poder-Ensayo sobre una transmutación de todos los valores*, Grupo Editorial Tomo, México.

PARAMIO, Ludolfo (2010): *La socialdemocracia*, FCE, México.

PEDROSA, Fernando (2012): *La otra izquierda-La socialdemocracia en América Latina,* Capital Intelectual, Buenos Aires.

PIERSON, Paul (2007): *Dismantling the Welfare State?-Reagan, Thatcher, and the Politics of Retrenchment*, Cambridge University Press, Nueva York.

PIKETTY, Thomas (2014): *Capital in the Twenty-First Century,* Belknap-Harvard, Cambridge-Londres.

POMAR, Valter (2012): "Ensayo sobre una ventana abierta", en Roberto Regalado, *La izquierda latinoamericana a 20 años del derrumbe de la Unión Soviética,* Ocean Sur, Querétaro.

POTTHOFF, Heinrich y MILLER, Susanne (2006): *The Social Democratic Party of Germany, 1848-2005,* Dietz, Bonn.

PREBISCH, Raúl (1961): "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas", Boletín

Económico para América Latina, CEPAL, febrero; publicado originalmente en 1949.

Przeworski, Adam (2002): *Capitalism and Social Democracy,* Cambridge University Press, París.

Rawls, John (1971): *A Theory of Justice*, Belknap-Harvard University Press, Cambridge.

— (1993): *Political Liberalism*, Columbia University Press, Nueva York.

Roitman Rosenmann, Marcos (2012): *Los indignados-El rescate de la política*, Ed. Akal, Madrid.

Sabine, George H. (1982): *Historia de la teoría política*, FCE, México.

Sartori, Giovanni (2006): *La sociedad multiétnica-Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*, Taurus, México.

Sassoon, Donald (2010): *One Hundred Years of Socialism-The West European Left in the Twentieth Century*, I. B. Tauris, Nueva York.

Sejersted, Francis (2011): *The Age of Social Democracy: Norway and Sweden in the Twentieth Century*, Princeton University Press, Princeton.

Smith, Adam (1965): *An Inquiry into the Nature and Causes of The Wealth of the Nations*, The Modern Library, Nueva York.

Steger, Manfred B. (comp.) (1996): *Selected Writings of Eduard Bernstein, 1900-1921,* Humanities International Press, Nueva Jersey.

— (1997): *The quest for evolutionary socialism*, Cambridge University Press, Cambridge.

Steger, Manfred B. y Roy, Ravi K. (2010): *Neoliberalism-A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Nueva York.

Stiglitz, Joseph E. (2013): *The Price of Inequality-How Today's Divided Society endangers our future,* W. W. Norton & Co., Nueva York.

Tamayo, Juan José (1989): *Para comprender la Teología de la Liberación,* Ed. Verbo Divino, Navarra.

"The government owns your baby", en *Nesweek* (08/01/2014-08/08/2014).

Urquizu, Ignacio (2012): *La crisis de la socialdemocracia: ¿qué crisis?,* Los Libros de la Catarata, Madrid.

Valdés Ugalde, Francisco (2009): "Suboptimalidad política en América Latina: el eterno desencuentro entre liberalismo y democracia", en F. Valdés Ugalde (coord.), *Izquierda, sociedad y democracia en América Latina*, Nuevo Horizonte-F. Ebert, México.

Williamson, John (1989): "What Washington Means by Policy Reform", en J. Williamson, *Latin American Readjustment: How Much has Happened*, Institute for International Economics, Washington.

Wilkinson, Richard y Pickett, Kate (2010): *The Spirit Level-Why Greater Equality Makes Societies Stronger*, Bloomsbury Press, Nueva York.

WILSON, David Sloan (2002): *Darwin's Cathedral-Evolution, Religion, and the Nature of Society*, The University of Chicago Press, Chicago.

WOLIN, Sheldon S. (2010): *Democracy Incorporated-Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism*, Princeton University Press, Princeton.

NOTAS

1 . Agustín Basave, prólogo a *¿Qué izquierda para México? Memorias del Primer Foro del Consejo Consultivo del Frente Amplio* (México, 2007), pp. 16-17.

2 . Las palabras son de Gilberto López y Rivas, "La izquierda latinoamericana a veinte años del derrumbe de la Unión Soviética", en Roberto Regalado, *La izquierda latinoamericana a 2º años del derrumbe de la Unión Soviética* (Ocean Sur, Querétaro, 2012), p. 114.

3 . Por neoliberalismo me referiré en este libro a la doctrina económica que hunde sus raíces en los años treinta y cuarenta y se caracteriza por su aversión por el Estado y su apego al *laissez faire*, y que se entronizó a partir de los ochenta del siglo XX con el impulso a la privatización, la desregulación, la gradual adopción de esquemas fiscales regresivos. Su premisa es la primacía del individualismo y del libre mercado, y su corolario la aceptación de la desigualdad social como algo inherente al ser humano. Aunque hay varios exponentes de esta doctrina, podría decirse que su ideólogo emblemático es Hayek. Una sintética descripción del uso actual del término puede verse en Manfred B. Steger y Ravi K. Roy, *Neoliberalism-A Very Short Introduction* (Oxford University Press, Nueva York, 2010).

4 . Véase Roger Bartra, *Oficio mexicano* (Grijalbo, México, 1993), pp. 19-24.

5 . Agustín Basave Benítez, "La esperanza de matar a la historia", en *Cuadernos de Nexos*, México, marzo de 1990.

6 . Quizá la obra seminal en este tema, y ciertamente la primera evidencia empírica sobre los efectos negativos de la desigualdad en el plano económico y social que yo conocí, es la de Richard Wilkinson y Kate Pickett, *The Spirit Level-Why Greater Equality Makes Societies Stronger* (Bloomsbury Press, Nueva York, 2010), publicada originalmente en 2009.

7 . Un primer borrador de este capítulo se publicó hace unos años: Agustín Basave, "Bernstein y el chip marxista", en *Nexos*, México, núm. 391, julio de 2010.

8 . Véase Eduard Bernstein, *The preconditions of socialism* (Cambridge University Press, Cambridge, 2004), p. 46.

9 . Ibíd., pp. 110-136.

10 . Ibíd., pp. 140-145.

11 . Ibíd., pp. 147-158. Para apreciar el desarrollo ulterior de la obra de Bernstein, véase Manfred B. Steger (comp.), *Selected Writings of Eduard Bernstein, 1900-1921* (Humanities International Press, Nueva Jersey, 1996).

12 . Véase Manfred B. Steger, *The quest for evolutionary socialism* (Cambridge University Press, Cambridge, 1997), esp. pp. 1-175. También puede verse Peter Gay, *The dilemma of Democratic Socialism: Eduard Bernstein's Challenge to Marx* (Nueva York, 1962). Lenin equiparó el "bernsteinismo" al "cretinismo parlamentario": Vladimir Ilich Lenin, *Two tactics of Social-Democracy in the Democratic Revolution* (Forgotten Books/Foreign Languages Publishing House, Moscú, 2012), p. 113.

13 . Steger, *op. cit*., p. 97. T. del A.

14 . Karl Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (Alianza Editorial, Madrid, 2003), p. 75.

15 . Un recuento de la actuación de Bernstein y el SDP en el convulso periodo que comprende la Primera Guerra Mundial y la República de Weimar, desde la perspectiva de un fabiano, puede verse en G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, vol. V, *Comunismo y Socialdemocracia 1914-1931* (FCE, México, 1974), pp. 99-159.

16 . Sobre el programa de Godesberg, véase Heinrich Potthoff y Susanne Miller, *The Social Democratic Party of Germany, 1848-2005* (Dietz, Bonn, 2006), pp. 195-202.

17 . Rosa Luxemburg, *The Crisis in the German Social-Democracy (The "Junius" Pamphlet)* (The Socialist Publication Society, NY, 1919; edición facsimilar impresa en 2012 por la Universidad de Cornell), p. 10. Vale recordar que Luxemburg fue una dura crítica del SPD por su apoyo al Gobierno alemán en la Primera Guerra Mundial y, en general, del reformismo socialdemócrata, al que veía como aliado del capitalismo y traidor al socialismo.

18 . Un magnífico recuento sinóptico de la saga socialdemócrata puede verse en Adam Przeworski, *Capitalism and Social Democracy* (Cambridge University Press, París, 2002), esp. pp. 7-46.

19 . Véase Villy Bergström, "Party Program and Economic Policy: The Social Democrats in Government", en Klaus Misgeld, Karl Molin y Klas Amark, *Creating Social Democracy: A Century of the Social Democratic Labor Party in Sweden* (The Pennsylvania State University Press, University Park, 1992), pp. 131-173.

20 . El Estado de bienestar más eficaz, además, ha sido el de los países escandinavos. Véase Francis Sejersted, *The Age of Social Democracy: Norway and Sweden in the Twentieth Century* (Princeton University Press, Princeton, 2011), pp. 122-172.

21 . En estos tiempos vale la pena leer su obra clásica: John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (Classic Books America, Nueva York, 2009), originalmente publicada en 1935.

22 . Tony Judt, *Ill Fares the Land* (Allen Lane, Londres, 2010), pp. 44-56.

23 . Gosta Esping-Andersen y Bruno Palier, *Los tres grandes retos del Estado del bienestar* (Ariel-Planeta, México, 2010), esp. pp. 7-9. Judt, *op. cit*., pp. 81-91 y 139-151. Una explicación didáctica de las condiciones favorables al Estado de bienestar en Gran Bretaña puede verse en Rodney Lowe, *The Welfare State in Britain since 1945* (Palgrave-McMillan, Londres, 2008), pp. 79-113. Y si quiere entenderse el fenómeno como la construcción del "capitalismo social", véase Donald Sassoon, *One Hundred Years of Socialism-The West European Left in the Twentieth Century* (I. B. Tauris, NY, 2010), pp. 137-166. Los datos sobre impuestos y desigualdad están en Thomas Piketty, *Capital in the Twenty-First Century* (Belknap-Harvard, Cambridge-Londres, 2014), pp. 271-376 y 493-514.

24 . Una síntesis del ilustrativo caso británico puede verse en Lowe, *op. cit.*, pp. 315-339. Para valorar las estrategias políticas usadas para desmantelar el Estado de bienestar en Estados Unidos y el Reino Unido, véase Paul Pierson, *Dismantling the Welfare State?-Reagan, Thatcher, and the Politics of Retrenchment* (Cambridge University Press, NY, 2007), esp. pp. 13-128.

25 . Mis tres etapas son similares, aunque no idénticas, a las de Przeworski y Maravall. Vale señalar, por cierto, que un análisis empírico de la evolución de la socialdemocracia corrobora que la realidad socioeconómica ha determinado las fluctuaciones de los partidos socialdemócratas; véase Ignacio Urquizu, *La crisis de la socialdemocracia: ¿qué crisis?* (Los Libros de la Catarata, Madrid, 2012), pp. 19-77.

26 . Una muy buena síntesis de los cambios económicos y sociales que orillaron a la socialdemocracia europea a "neoliberalizarse" puede verse en Ludolfo Paramio, *La socialdemocracia* (FCE, México, 2010), pp. 55-72.

27 . La reducción de las tasas impositivas a los más ricos a partir de los años ochenta, una breve reflexión sobre la crisis de

2008 y la ya famosa propuesta para "modernizar el Estado social" mediante la aplicación de un impuesto al capital pueden verse en Piketty, *op. cit.*, pp. 471-539.

28 . Dice Wolin que el destino de la democracia quedó marcado por el hecho de que "entró al mundo moderno en el mismo momento que el capitalismo, aproximadamente en el siglo XVII", lo que imbricó una y otro, pero no se puede soslayar que el sistema democrático del siglo XX previo a la globalización aceptaba muy diversas versiones capitalistas. Sheldon S. Wolin, *Democracy Incorporated-Managed Democracy and the Specter of Inverted Totalitarianism* (Princeton University Press, Princeton, 2010), p. 269. Traducción del autor (T. del A.).

29 . Judt, *op. cit.*, p. 143. T. del A.

30 . Véase Sassoon, *op. cit*., pp. 730-754.

31 . Piketty, *op. cit*., esp. pp. 113-430. La polémica sobre sus cifras, dicho sea de paso, no ha descalificado su conclusión del aumento de la desigualdad a niveles cercanos a los del siglo XIX.

32 . Una explicación sintética del enorme poder de la "firma global" puede verse en Colin Crouch, *Post-Democracy* (Polity Press, Cambridge, 2008), pp. 31-52.

33 . Para conocer las entrañas del 15-M español y del movimiento Occupy vale la pena leer las reflexiones empáticas y perspicaces de Marcos Roitman Rosenmann, *Los indignados-El rescate de la política* (Ed. Akal, Madrid, 2012), esp. pp. 11-82, y Todd Gitlin, *Occupy Nation* (itbooks, NY, 2012), esp. pp. 185-205.

34 . Un útil recuento de los movimientos sociales globales de la primera década del siglo XXI puede verse en Helmut Anheier, Mary Kaldor y Marlies Glasius, "The Global Civil Society Yearbook: Lessons and Insights 2001-2011", en el anuario de Mary Kaldor, Henrietta L. Moore y Sabine Selchow, *Global Civil Society 2012-Ten Years of Critical Reflection* (Palgrave-MacMillan, NY, 2012), pp. 2-26. Dos crónicas sobre el movimiento estudiantil mexicano pueden consultarse en Gloria Muñoz Ramírez (coord.), *#YoSoy132-voces del movimiento* (Ed. Bola de Cristal, México, 2011), y Agustín Basave, "Del 11-MM al #YoSoy132: crónica de un movimiento denunciado", en Joseba Buj (coord.), *Universidad desbordada: jóvenes, educación superior y política* (Universidad Ibero, México, 2013), pp. 17-26.

35 . Sobre los primeros gobiernos de izquierda en América Latina puede verse Jorge Castañeda, *La utopía desarmada: intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina* (Joaquín Mortiz, México, 1993), pp. 31-62.

36 . *Op. cit.*, pp. 63-152. Véase también Omar Acha y Débora D'Antonio, "Cartografía y perspectivas del marxismo latinoamericano", en Carlos Aguirre (edición e introducción), *Militantes, intelectuales y revolucionarios-Ensayos sobre marxismo en América Latina* (Ed. A. Contracorriente, Raleigh-NC-EUA, 2013), pp. 181-227.

37 . Las tesis de Mariátegui pueden consultarse en Juan Manuel Casal, *Mariátegui: el socialismo indoamericano* (Ed. Montevideo Proyección, Montevideo, 1992). A guisa de introducción a la Teología de la Liberación puede consultarse el libro de Juan José Tamayo, *Para comprender la Teología de la Liberación* (Ed. Verbo Divino, Navarra, 1989).

38 . Las obras seminales de la teoría de la dependencia son de Raúl Prebisch, "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas" (Boletín Económico para América Latina, CEPAL, febrero de 1961; presentado originalmente en 1949), y de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto en *Dependencia y desarrollo en América Latina* (S. XXI, México, 1986; primera edición en portugués, 1969). Además de ellos destacaron Celso Furtado, Samir Amín, Osvaldo Sunkel, André Gunder Frank y Theotonio Dos Santos, entre otros autores.

39 . Entre las medidas sensatas de saneamiento financiero, el Consenso de Washington incluyó dos puntos —los números 8 y 9, privatización y desregulación— que aplicados a rajatabla dañaron las economías de la región; el decálogo original está en John Williamson, "What Washington Means by Policy Reform", en J. Williamson (ed.), *Latin American Readjustment: How Much has Happened* (Institute for International Economics, Washington, 1989).

40 . Sobre la década perdida puede verse Norbert Lechner, "Condiciones socioculturales de la transición democrática: a la

búsqueda de la comunidad perdida", en Lechner, *Obras III-Democracia y utopía: la tensión permanente* (FCE-FLACSO, México, 2014), pp. 285-301.

41 . Puede constatarse el decreciente apoyo a la democracia en América Latina.

42 . Véase Francisco Valdés Ugalde, "Suboptimalidad política en América Latina: el eterno desencuentro entre liberalismo y democracia", en F. Valdés Ugalde (coord.), *Izquierda, sociedad y democracia en América Latina* (Nuevo Horizonte-F. Ebert, México, 2009), pp.70-81. Basta releer al Che para darse cuenta de la vigencia de sus palabras en el discurso izquierdista actual; véase, por ejemplo, Ernesto Guevara, *El socialismo y el hombre nuevo* (S. XXI, México, 1979). Una buena colección de textos sobre las guerrillas latinoamericanas puede verse en Daniel Castro (ed.), *Revolution and Revolutionaries-Guerrilla Movements in Latin America* (SR Books/Roman and Littlefield, Maryland, 2006).

43 . Véase Isaiah Berlin, *The roots of Romanticism* (Princeton University Press, Princeton, 1999). Berlin dice de los románticos del siglo XIX: "You would have found that they believed in the necessity of fighting for your beliefs to the last breath in your body, and you would have found that they believe in the martyrdom as such, no matter what the martyrdom was martyrdom for. You would have found that they believed that minorities were more holy than majorities, that failure was nobler than success, which had something shoddy and something vulgar about it" (p. 9).

44 . Retomo en estos párrafos algunos fragmentos de mi texto "¿Qué izquierda para México?", *op. cit.*

45 . Desde que se dio el alto al fuego tras del alzamiento zapatista de 1994 en México, por ejemplo, el EZLN se pronunció en su "Segunda declaración de la Selva Lacandona" por una transición a la democracia y aceptó el pluralismo electoral. Véase Antonio García de León (pról.), *EZLN-Documentos y comunicados* (ERA, México, 1994), pp. 269-278.

46 . Hay también quienes atisban una salida desde los gobiernos de izquierda democrática. Véase, por ejemplo, Valter Pomar, "Ensayo sobre una ventana abierta", en Roberto Regalado, *op.cit.*, pp. 57-72.

47 . Vale señalar que los esfuerzos de la Internacional Socialista para impulsar la socialdemocracia en América Latina, si bien son poco conocidos, vienen de lejos. Véase Fernando Pedrosa, *La otra izquierda-La socialdemocracia en América Latina* (Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012), esp. pp. 189-438.

48 . Sobre los inicios, el apogeo y el largo desvanecimiento de la democracia puede verse John Dunn, *Democracy-A History* (Atlantic Monthly Press, NY, 2005), pp. 23-70.

49 . Un interesante análisis sobre la manipulación neoliberal de la opinión pública puede verse en Joseph E. Stiglitz, *The Price of Inequality-How Today's Divided Society endangers our future* (W. W. Norton & Co., Nueva York, 2013), pp. 183-233. Sobre la "democracia manejada", véase Wolin, *op. cit*., esp. pp. 131-158 y 238-258.

50 . Antes que Piketty, Stiglitz había dado una clara explicación de las fallas de los mercados, de su tendencia a generar desigualdad si no son regulados y de la forma en que las decisiones políticas los moldean y encauzan. Véase Stiglitz, *op. cit*., esp. pp. 35-103.

51 . Retomo aquí fragmentos de uno de mis artículos: Agustín Basave, "¿Qué izquierda para México?" (*La Zurda*, México, núm. 1, septiembre de 2011), pp. 20-27.

52 . Véase Anthony Giddens, *The Third Way-The Renewal of Social Democracy* (Polity Press, Cambridge, 1998), esp. pp. 37-46 y 64-68.

53 . La crítica de Mouffe a la socialdemocracia por su falta de creatividad ideológica y por su presunción de que ya no hay adversario es certera. Véase Chantal Mouffe, *La paradoja democrática* (Gedisa, Barcelona, 2003), pp. 121-138.

54 . Véase, por ejemplo, Stiglitz, *op. cit*., pp. 332-363.

55 . Moisés Naím, *El fin del poder-Empresas que se hunden, militares derrotados, papas que renuncian y gobiernos impotentes:*

cómo el poder ya no es lo que era (Debate, México, 2014), pp. 268-271.

56 . John P. McCormick, *Machiavellian Democracy* (Cambridge University Press, Nueva York, 2012), pp. 170-188.

57 . Me refiero al liberalismo político en su clásica connotación rawlsiana. Véase John Rawls, *Political Liberalism* (Columbia University Press, Nueva York, 1993), esp. pp. 3-46.

58 . Si bien Mason cae en la vieja obsesión de buscar un asidero para su teoría en Marx (en este caso en su "Fragmento sobre las máquinas", de 1858), bien vale la pena leer sus originales y lúcidas ideas. Véase Paul Mason, *Postcapitalism-A Guide to Our Future* (Penguin, Londres, 2015).

59 . Nunca está de más releer a Sabine. Véase George H. Sabine, *Historia de la teoría política* (FCE, México, 1982), esp. pp. 420-422, 458-461, 519-525. Sobre este tema también puede consultarse Charles Frankel, "The idea of progress", en *The Encyclopedia of Philosophy* (Macmillan, Nueva York, 1972), vols. 5 y 6, pp. 483-487.

60 . Véase Eric Hobsbawm, *How to Change the World-Tales of Marx and Marxism* (Little, Brown, Londres, 2011), pp. 3-15 y 43-88.

61 . Sobre las facetas profética, determinista y binaria del marxismo, véase Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del partido comunista y otros escritos políticos* (Grijalbo, México, 1970), esp. pp. 22-38 y 63-65. Sobre el origen de su rechazo a la concepción "idealista" del Estado —y al Estado mismo—, véase Karl Marx, *Crítica a la filosofía del Estado de Hegel* (Grijalbo, México, 1968), esp. pp. 119-158.

62 . Más que a la connotación específica del término "isocracia" en la Atenas clásica, me refiero a la idea de la equidad en la distribución del poder real en la sociedad.

63 . David Sloan Wilson, *Darwin's Cathedral-Evolution, Religion, and the Nature of Society* (The University of Chicago Press, Chicago, 2002), p. 224. T. del A.

64 . Friedrich Nietzsche, *La voluntad de poder-Ensayo sobre una transmutación de todos los valores* (Grupo Editorial Tomo, México, 2011), pp. 365-415.

65 . Giovanni Sartori, *La sociedad multiétnica-Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros* (Taurus, México, 2006), pp. 49-50. Retomo en estos párrafos ideas y palabras de otro texto mío: Agustín Basave, "Las fronteras del multiculturalismo: universalismo axiológico y particularismo nacional", en P. A. González Ulloa (coord.), *El Multiculturalismo: una visión inacabada, desde la reflexión teórica hasta los casos específicos* (Plaza y Janés, México, 2008).

66 . Ulrich Beck, *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz* (Paidós, Barcelona, 2005), p. 73 (véanse también pp. 103-179).

67 . El diagnóstico de la teoría del decrecimiento es más plausible que sus soluciones. Véase Serge Latouche, *Decrecimiento y posdesarrollo-El pensamiento creativo contra la economía del absurdo* (El Viejo Topo, España, 2009), esp. pp. 127-147.

68 . Se aprovechan muestras de sangre de recién nacidos para extraer información genética sin el consentimiento de sus padres para luego usarlas en investigaciones de las que muy pocos se enteran. Véase "The government owns your baby", en *Nesweek* (08/01/2014-08/08/2014), pp. 56-60.

69 . Recuérdese John Rawls, *A Theory of Justice* (Belknap-Harvard University Press, Cambridge, 1971), pp. 136-142. Mi idea de la equidad, dicho sea de paso, deriva en buena medida de la de Rawls.

70 . Véanse Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of The Wealth of the Nations* (The Modern Library, NY, 1965), pp. 99-118 y 423, y Karl Marx, *El capital-Crítica de la economía política* (FCE, México, 1982), pp. 130-176.

71 . Naím, *op. cit*., esp. pp. 236-283.

72 . Wilson, *op. cit.*, pp. 17-20. T. del A.